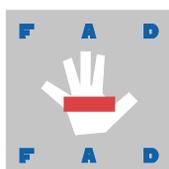
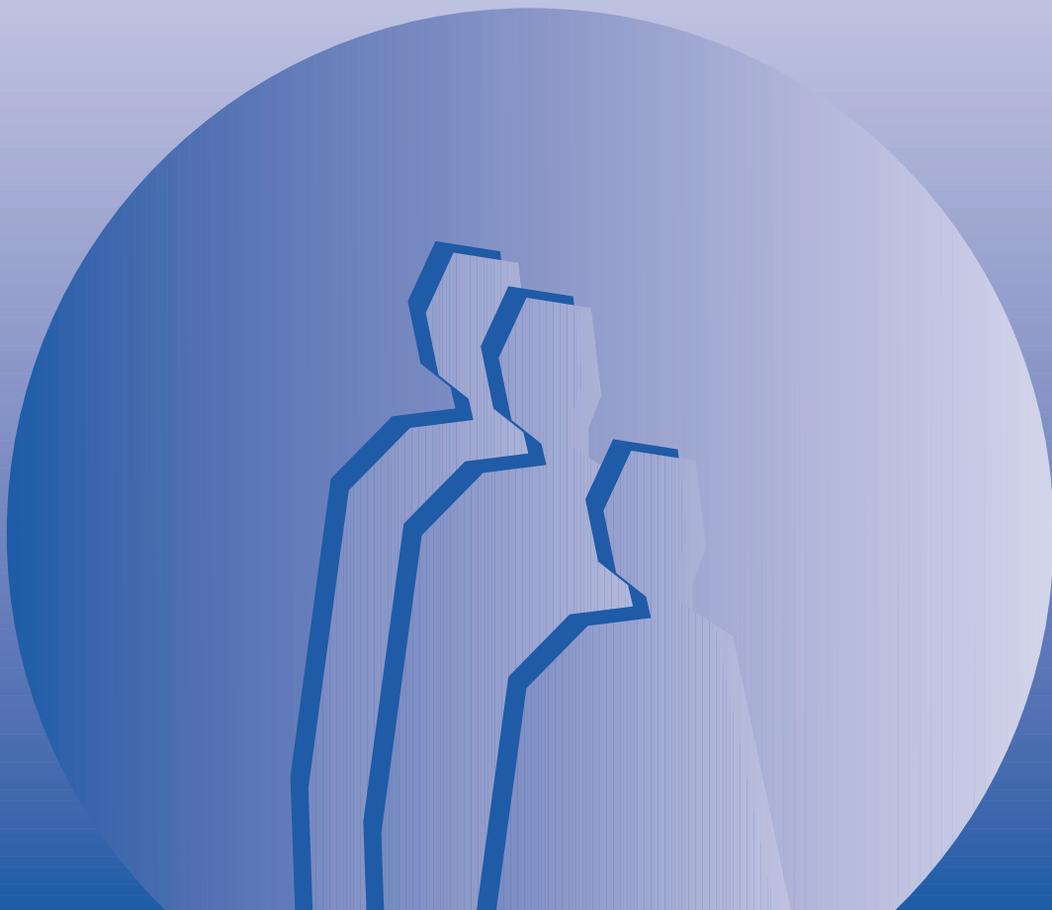


Comunicación y conflictos entre hijos y padres



FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA DROGADICCIÓN

Comunicación y conflictos entre hijos y padres



FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA DROGADICCIÓN

Cómo citar este texto:

Megías, E. (Coord.); Elzo, J.; Megías, I.; Méndez, S.; Navarro, J.; Rodríguez, E. (2003)

Hijos y padres : comunicación y conflictos.

Madrid: FAD. DOI: 10.5281/zenodo.3677101

Este Informe es una adaptación resumida de los contenidos del libro *Hijos y padres: comunicación y conflictos*, editado por la FAD (2002) y realizado gracias al apoyo financiero de la Obra Social de Caja Madrid y de la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, del que son autores: Eusebio Megías Valenzuela (coordinador), Javier Elzo Imaz, Elena Rodríguez San Julián, José Navarro Botella, Ignacio Megías Quirós y Susana Méndez Gago.

El texto de la adaptación ha sido elaborado por Ignacio Megías Quirós.

© FAD, 2003

Edita:

FAD
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 80 00
Fax: 91 302 69 79

Diseño y maquetación:

Quadro
Plaza de Clarín, 7 - 28529 Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Impresión:

Ancares Gestión Gráfica, S.L.
Calle Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 - 28021 Madrid

Depósito legal:

M-

C

uando la FAD inició su línea de comunicación social bajo el lema “la educación lo es todo” lo hizo con una idea muy clara de qué objetivos eran los que se pretendían.

Obviamente sabemos que hay circunstancias estructurales que resultan ser condiciones, si no definitivas sí muy concluyentes, en la vida de las personas y en la trayectoria de los conflictos personales. Sabemos que, *stricto sensu*, la educación ni es ni puede serlo todo. Como sabemos igualmente que el concepto “educación” es enormemente abarcativo y que incluye todo el proceso de troquelamiento personal que, a muy diferentes niveles, en ámbitos muy diversos y con agentes y responsables enormemente variados, se ejerce a lo largo de todo el discurso vital del individuo.

Pero también sabemos que, en esa diversidad de momentos, oportunidades y exigencias, existen algunos que resultan nucleares. Y dentro de éstos subrayaremos especialmente dos: el espacio de la educación familiar y el espacio de la educación formal, escolar. No son los únicos pero, en ese magma difícilmente abarcable (menos aún, de forma específica e inclusiva) de lo comunitario, tanto la familia como la escuela resultan elementos fundamentales para la educación y, por tanto, para crear unas mejores posibilidades de afrontar con éxito los avatares de lo existencial.

Por eso, asumiendo la forzosa simplificación de la comunicación puntual masiva, intentamos apoyarnos en un lema que apuntara directamente a la movilización de dos recursos básicos: los educadores y, antes que todo, los padres. Y lo hicimos, en la certidumbre de la necesidad de esta movilización pero también con la conciencia clara de las dificultades para la misma. La FAD lleva años en esta tarea y no es ajena a los problemas que nuestra estructura social actual condiciona en las estrategias educativas, no en las de la mera transmisión de conocimientos, tanto de la escuela como, sobre todo, de la familia.

Los acelerados cambios sociales, no sólo estructurales sino también ideológicos, que se han producido en las últimas décadas han modificado seriamente las condiciones, y los objetivos, con las que y para los que las familias actúan en el campo de lo social.

Lejos de los clichés y estereotipos, parecemos estar viviendo una situación en la que ya no valen los referentes vistos como más tradicionales, y en la que, espere-mos que momentáneamente, la situación de la familia se presenta con rasgos claros de duda y anomia (eso sería lo negativo), y también de búsqueda de soluciones innovadoras (lo que resultaría la parte esperanzadoramente positiva).

En ese horizonte, cambiante y lleno de claroscuros e interrogantes, resulta fundamental conocer mejor qué realidad vivimos, cuál es la evolución de esa realidad, dónde están sus elementos de duda, qué riesgos son los implicados y cuál es el horizonte de nuestras expectativas.

Por eso se planteó esta investigación sobre la familia española del momento. Por eso se planteó de forma ambiciosa y prestando una muy particular atención a aquellos aspectos que, además de ser los menos estudiados, eran los que más nos interesaban (el funcionamiento, la comunicación, la transmisión de valores, los conflictos), en tanto que elementos básicos de esa función educativa que, en última instancia, pretendemos impulsar.

J. Ignacio Calderón Balanzategui
Director General de la FAD

INDICE

I Introducción 7

1 La familia ante todo: entre lo ideal y lo real 9

2 La postura de los padres 19

3 Lo que dicen los hijos 29

4 Un intento de tipología 35

5 La realidad de los conflictos 43

6 Resumiendo 51

I

INTRODUCCIÓN

La familia, como forma básica de agrupamiento social, y por ser un sistema vivo y dinámico, se presenta como imprescindible fuente de estudio. Su papel en la construcción y mantenimiento de las sociedades es fundamental, pues, al tiempo que es influida por los elementos transversales de lo social (economía, educación, cultura, religión, política...), también influye en esos elementos. Por ser el único sistema en el que el individuo participa durante toda su vida, la familia tiene la capacidad de constituirse en transmisora de costumbres, hábitos, modelos de comportamiento, así como en elemento de apoyo, resolución de conflictos y sustento del estado del bienestar (del que representa tanto las necesidades como los soportes). Su función en el desarrollo social, educativo, intelectual, afectivo y emocional del individuo no sólo es clave, sino que además resulta consustancial a su propia naturaleza; y si resulta básica para el desarrollo del individuo, resultará básica para el desarrollo de la sociedad.

Con independencia de las variaciones relativas a los roles dentro del núcleo familiar (incorporación de la mujer al mercado laboral, cambio en la relación entre hijos y padres) y de las circunstancias socioeconómicas y demográficas que dan lugar a modelos familiares diversos (tardía emancipación de los hijos, divorcio, mayor longevidad y menor natalidad, nuevas leyes...), la familia sigue apareciendo en el primer puesto en las encuestas y estudios que preguntan a los españoles por los valores que consideran más importantes. También por ello, resulta ineludible abordar los cambios que ha experimentado en los últimos decenios, así como la percepción que tienen sobre esos cambios los propios integrantes de la familia.

Este Informe pretende abordar esos cambios y percepciones, tanto los relativos a las reglas y composición interna de la familia (clima familiar, normas de convivencia, comunicación entre los miembros, manifestación afectiva, conflictos y discrepancias), como a las variaciones respecto a su función social. Además, a partir de los datos y resultados obtenidos en la investigación previa al Informe, se propondrá una clasificación de modelos familiares ideales, que bien pueden ofrecer una panorámica muy certera de la realidad de la familia en España. Esta panorámica viene a demostrar que no existe una "familia española"; más bien, ese constructo estereotipado aparece como un conglomerado de diferentes tipos y modelos construidos por intentos, de una u otra índole, con énfasis diferenciados, para adaptarse y encontrar fórmulas propias de acomoda-

ción a una realidad rápidamente cambiante. Es necesario señalar que la información corresponde a familias con hijos (alguno de ellos, por lo menos) de edades comprendidas entre los 14 y los 20 años. Es, en definitiva sólo una parte de la realidad de la familia en España¹ aunque probablemente la más significativa e interesante para los objetivos que pretendemos.

METODOLOGÍA

INVESTIGACIÓN CUANTITATIVA

Encuesta probabilística, representativa

Universo: hijos/as entre 14 y 20 años y sus padres/madres

Unidad muestral: hijo/a entre 14 y 20 años,
cuyo padre/madre quiera participar

Nivel de confianza: 95.5%

Margen de error: (P=Q): $\pm 3.16\%$

INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Cuatro grupos de discusión de padres/madres con hijos entre 13 y 19 años, seleccionados por status socioeconómico, edad de los hijos y composición (mixtos, sólo padres y sólo madres)

Realización del trabajo de campo: abril/mayo/junio 2001

La masa de resultados obtenidos (respuestas generales, acuerdos o desacuerdos entre los miembros del núcleo familiar: padre, madre, hijo, hija), complementada e interrelacionada con los matices aportados por grupos de discusión, nos situó ante una inmensa cantidad de información, tremendamente interesante pero igualmente compleja de cara a su difusión. Por eso, además del informe completo² que recoge todos los datos, tablas y porcentajes, hemos elaborado una versión reducida del mismo, ésta que aquí se presenta, que refleja la esencia de aquél y que, aunque de forma más elemental, intenta también contribuir al necesario acercamiento a un núcleo social básico: la familia.

1. Este segmento de "familias españolas con hijos entre los 14 y 20 años" corresponde aproximadamente a un tercio del total.

2. Megías, E. (coord.) et al. (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: FAD.

1

LA FAMILIA ANTE TODO: ENTRE LO IDEAL Y LO REAL

Ante la realidad de que un 97% de los padres y un 94% de los hijos consultados (es decir, casi la práctica totalidad) consideran que “mantener unas buenas relaciones familiares” es un valor “bastante o muy importante”, notablemente por encima del resto de valores considerados como deseables (“obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional”, “llevar una vida moral y digna” y “ganar dinero” son los que siguen en importancia), no cabe más que asumir que la familia sigue siendo vista como la base sobre la que las personas asentamos gran parte de los elementos que propician el desarrollo y equilibrio de los individuos y las sociedades. Es considerada el más importante de los agentes transmisores de valores y principios, el núcleo que da sentido a la sociedad; todo ello, con independencia de los diferentes modelos de familia que puedan ser considerados, más aún en un contexto socioeconómico, cultural y demográfico que condiciona las familias muy distante del tradicional núcleo unido, indisoluble, sólido y duradero con el que la representación social describe el triángulo padre-madre-hijos.

DISCURSO DE LOS PADRES

ENTRE EL IDEAL
Desideratum
inamovible y ahistórico

LA FAMILIA ANTE TODO

Melancolía reparadora
y reivindicación
de lo propio
Y LA REALIDAD

En el discurso de los padres el ideal de “familia” se mantiene con enorme fuerza, en coincidencia con todo lo encontrado en investigaciones anteriores.

Esta valoración de lo familiar se debe, tanto al mantenimiento de su importancia como valor finalista cuanto a la necesidad de reivindicar un ideal que se presume inmutable ante las agresiones de una realidad que, cada vez más, parece alejarse de ese ideal.

Entre la defensa y la queja, el discurso de los padres sobre la familia permanece enormemente subrayado.

Así, por encima de circunstanciales variaciones, al menos en nuestro país, la idea de familia parece responder a un constructo general, universal e indiscutible, muchos de cuyos elementos definitorios descansan en el modelo más tradicionalista del mismo.

En cualquier caso, existe un discurso bastante aceptado que señala los problemas que los nuevos modelos familiares presentan como ruptura de los pilares fundamentales sobre los que se asienta el modelo más tradicional: la unión y la transmisión de valores y principios. Y es así porque tiende a considerarse que núcleos familiares más reducidos, disgregados y desapegados, tienen una menor capacidad para atender adecuadamente las necesidades y problemas de sus miembros (en términos generales, dotarles de una sensación de *seguridad personal* considerada esencial para sobrevivir en un contexto social hostil), al tiempo que verán mermada su autoridad para transmitir todos los valores y principios que asientan la propia idea de la familia como el esqueleto que vertebra la sociedad.

Estas consideraciones sobre los nuevos modelos familiares y los cambios experimentados en el seno de los mismos, no impiden que exista acuerdo respecto a la idea de que, en un contexto social donde priman los valores individualistas y competitivos, la familia sigue siendo lo único que no falla y lo único en lo que se puede confiar. Frente al resto de cosas, los lazos familiares son insolubles, y en última instancia los padres nunca fallarán a sus hijos³. Así debe ser y así se considera que es.

Por ello, siempre según el discurso social, por ser el único y verdadero apoyo que tienen unos jóvenes indefensos ante una sociedad plagada de peligros y amenazas, los padres deben dotar a sus hijos de una serie de valores y habilidades sociales que les permitan enfrentarse a ese contexto aparentemente tan amenazante. En este punto encontramos una de las primeras paradojas a las que se deben enfrentar los adultos en su difícil tarea de educar a sus hijos: al tiempo que son los valores imperantes en la sociedad, como la competitividad y el individualismo, los que amenazan la unidad familiar, los propios padres deben instruir a sus jóvenes en el manejo de esos mismos valores para evitar que se vean arrollados por una corriente social ante la que parecen indefensos y vulnerables. En sentido contrario, esos padres, por mucho que estimen idealmente necesarios otros valores (como la solidaridad o la tolerancia), tienen que abstenerse de transmitirlos en un contexto que, se supone, los imposibilita⁴.

En cualquier caso, en ese plano de lo ideal, cuando preguntamos a los padres sobre los valores que consideran más importantes en la educación de sus hijos, tres de los cinco más puntuados responden a cuestiones relacionadas, de una u otra manera, con el éxito social: esfuerzo en el trabajo, espíritu de superación y responsabilidad. Los otros dos se refieren a aspectos éticos y actitudinales: que los hijos sean tolerantes, honrados y leales. Los hijos, situados en el mismo plano pero en una postura menos comprometida, de

3. Otra cosa es que "los hijos sí pueden fallar a los padres". Esta fantasía aparece instalada en significativos grupos de padres y se presenta como una consecuencia tanto como una de las causas de la crisis del modelo familiar tradicional.

4. Megías, E. (dir.) et al. (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD.

espectadores, perciben lo que sus padres dicen quererles transmitir pero con matices: piensan que sus padres querían transmitirles valores más acomodaticios de los que reconocen (como la obediencia, los buenos modales o la administración del dinero).

Estos valores que idealmente pretenden transmitir los padres se encuadran en un contexto general en el que, tras las "buenas relaciones familiares", los españoles valoran como más importantes la promoción social (medida por un éxito económico para el que es necesario una preparación cultural y profesional), las actitudes altruistas y, en sentido inverso, los comportamientos presentistas (vivir al día) y esteticistas (cuidado de la imagen, etc.). Pese a que los padres conceden algo más de importancia a los valores altruistas y los hijos a los presentistas, podemos señalar que las coincidencias y acuerdos son mayores que las discrepancias: padres e hijos coinciden en valorar la importancia de todo lo referido al mantenimiento del orden y las normas sociales, así como en combinar la exigencia de mostrar virtudes públicas con una actitud mucho más flexible con los comportamientos privados. En líneas generales, el sistema de valores de padres e hijos coincide.

Por otro lado, en un ámbito más próximo a lo cotidiano, en la percepción de los adultos, los cambios en la escala de valores predominantes tienen un lógico reflejo en la forma en que se establecen los vínculos entre los miembros de la familia. Esto es algo que, en muchas ocasiones, es vivido de forma problemática por los padres; es así porque,

JERARQUÍA DE VALORES MÁS IMPORTANTES PARA LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS (SELECCIÓN)*

	% PADRES	% HIJOS
Sentido de la responsabilidad	73.9	74.2
Esfuerzo	69.7	72.1
Tolerancia y respeto	65.7	60.7
Solidaridad	29.6	23.8
Buenos modales	27.2	40.3
Capacidad para disfrutar	24.1	12.8
Espíritu de ahorro	18.6	28.3
Obediencia	16.0	22.8
Valentía, capacidad de arriesgar	8.9	6.7
Interés social o político	5.0	4.5
Cuidado del aspecto físico	4.9	5.8
Curiosidad	3.9	3.4
Fe religiosa	2.8	5.2
No llamar la atención	1.6	3.9

* Según porcentaje de padres que dicen querer transmitirlos y según porcentaje de hijos que perciben que sus padres los transmiten.

Coherentemente con lo encontrado al analizar el horizonte de valores paternos, los padres aseguran querer transmitir a sus hijos elementos o valores fundamentalmente normativos, que forman parte de lo idealmente deseado en nuestra sociedad.

La jerarquía de los valores que los padres dicen querer transmitir coincide muy exactamente con la de los valores sociales generales. Los hijos, que en sustancia también comparten esta jerarquía, parecen captar con bastante exactitud lo que los padres quieren comunicarles.

No obstante, desde la mirada de los hijos, los principales intereses de los padres parecen más acomodaticios de lo que éstos dicen.

mientras las generaciones que representan vivieron una infancia, adolescencia y juventud donde la relación con sus padres se establecía, en términos generales, desde la autoridad, la disciplina y el respeto, actualmente las relaciones con sus hijos han evolucionado de tal forma que dicha autoridad entra en conflicto con grandes dosis de permisividad y una sensación de mayor libertad y confianza.

El fenómeno es analizado por los padres en dos sentidos. Por un lado, valoran muy positivamente el grado de confianza que han logrado entablar con sus hijos, algo impensable comparado con la manera en que ellos se relacionaban con sus propios padres, así como el clima de mayor libertad que respira la familia y la mayor capacidad para consensuar decisiones que existe en su seno. La familia actual plantea una relación entre padres e hijos más cercana de la que nunca ha existido, algo que, esencialmente, se vive como enriquecedor y muy positivo.

Sin embargo, por otro lado, existen ciertas contrapartidas que provocan que ese modelo de relación se perciba desde la insatisfacción y confusión de los padres. Es así porque la mayor confianza se establece ligada a una pérdida de autoridad que les resta capacidad para establecer las normas que marquen el comportamiento en el seno de la familia, algo que les sitúa en una situación de cierta debilidad frente a sus hijos. Simplificando el planteamiento, muchos padres de hoy en día viven la insatisfacción de haber sido dominados por sus padres durante la adolescencia y juventud, al tiempo que, actualmente, llegan a sentirse "esclavos" de sus hijos adolescentes. La escena que describen es la siguiente: hijos irrespetuosos, convencidos de tener muchos derechos y ninguna obligación, campando a sus anchas por una casa que parece más una pensión que el seno de una familia.

Esto, inevitablemente, se vive desde los padres como una pérdida de la unidad y el sentido de la familia, aunque el discurso socialmente aceptado establece algunos matices que lo acercan a un lenguaje más suave o, si se quiere, políticamente correcto. Es así porque existe cierta conciencia de que el valor autoridad asociado a la educación, entendido en los términos en los que era ejercida por sus propios padres, no está muy bien considerado en la actualidad, percibiéndose su dulcificación como algo positivo, por cuanto propicia ese mayor acercamiento a los hijos que ya hemos comentado. Sin embargo, si echan de menos cierta capacidad de mando que les ayude en dos sentidos. Por un lado, para potenciar valores que consideran que se van debilitando como consecuencia de su talante más permisivo, como la ejemplaridad, la educación, el respeto, la obediencia, la responsabilidad, etc. Por otro lado, para tener mayor capacidad de contrarrestar ciertas preocupaciones referidas a los hijos que, siendo comunes a todas las épocas, se perciben actualmente como mayores y más problemáticas, precisamente por su incapacidad para actuar sobre ellas desde la raíz: por ejemplo, tener mucha menor capacidad para prohibir a los hijos que salgan de casa o lleguen tarde. Todo esto, combinado con la sensación de que el mayor núcleo de influencia del joven se desplaza desde la familia hacia el grupo de amigos, agudiza la preocupación respecto a temas como el consumo de drogas, la violencia o el sexo.

Además, las concesiones que los padres han hecho a sus hijos en ese proceso que oscila entre la pérdida de autoridad y el aumento de confianza, si bien tienden a ser con-

sideradas como “normales” en función del contexto social en el que vivimos, presentan, o así lo consideran los padres, aspectos contraproducentes por lo excesivas que llegan a ser en muchas ocasiones. Principalmente, porque la permisividad deriva fácilmente en una sobreprotección de los hijos que puede hacerlos débiles, malacostumbrados y desagradecidos. La otra cara de la moneda parece inevitable: en una sociedad difícil y amenazante, el papel protector de la familia se antoja inevitable ante la teórica situación de indefensión de los jóvenes (la familia está para eso: proteger, dar seguridad y preparar a los hijos para que sobrevivan en el contexto social que les ha tocado vivir).

Las concesiones, aun siendo vividas desde la confusión, se dan como bien empleadas si la recompensa es un mayor grado de camaradería, desinhibición y complicidad con los hijos, todo ello sin olvidar que la relación entre padres e hijos no es ni debe ser una relación de amistad. Evidentemente, que esta contrapartida compense los esfuerzos, disgustos e inseguridades, o que se viva con un mayor o menor grado de insatisfacción, dependerá del clima y la relación existente entre los miembros de la familia, aunque, en cualquier caso, se percibe desde los padres como un signo de los tiempos que les ha tocado vivir y contra el que apenas pueden hacer nada (no puedes prohibir a tu hijo salir si todos sus amigos salen, no puedes privarle de ciertas cosas si el resto de compañeros las tienen, etc.).

En definitiva, en el discurso de los padres podemos diferenciar dos planos: el plano de lo ideal o deseado, donde una educa-

El dilema ideal/realidad se resuelve en tres ejes de tensión:

- *Autoridad versus permisividad: en este eje se ponen en juego la posibilidad de transmitir normas, la socialización de los hijos y, como resultante, la capacidad e independencia de estos últimos. En relación con este último aspecto aparece la amenaza de una sobreprotección, que se vuelva contra ellos.*
- *Roles tradicionales versus nuevos roles: sitúa los dilemas sobre las funciones, la comunicación y la responsabilidad en las parejas. En este contexto se mantiene el tópico de la “madre abnegada”, capaz de cualquier renuncia por sus hijos. Como eje de tensión en lo familiar, en él se sitúan también reproches cruzados entre los dos miembros de la pareja.*
- *Comunicación con los hijos: ejemplifica el dilema entre una comunicación más rígida (que restringe la libertad de los hijos pero facilita los lazos familiares) o una comunicación más libre (que corre el riesgo de, a partir de la distancia, convertirse en no comunicación).*



ción sustentada sobre la base de la autoridad fomenta la libertad y la comunicación en el núcleo familiar, y el plano de lo real, donde la pérdida de autoridad propicia que en el seno de la familia surjan unos valores considerados como negativos. El equilibrio entre ambos planos se afronta desde los padres como una de las más complicadas tareas a las que se enfrentan en su labor como educadores.

En la discusión sobre la pérdida de autoridad, el exceso de permisividad y la sobreprotección de los hijos, también entran en juego los roles diferenciados de padres y madres dentro del núcleo familiar, es decir, el tipo de papel que desempeñan unos y otros en relación con sus hijos. Así, según la representación que exponen los propios protagonistas y a pesar de la evolución que ha experimentado la familia en las últimas décadas, el padre parece centrarse en los aspectos relacionados con la gestión, el orden y la disciplina, mientras la madre desempeña las funciones más directamente relacionadas con la atención directa de los hijos, tanto a nivel de necesidades concretas y cotidianas (todos los aspectos relacionados con la casa) como en un plano más afectivo. Repetimos que lo que estamos describiendo es el discurso social e, independientemente de que puedan existir muchos casos en los que este reparto de roles no se cumpla, lo que sí es cierto es que parece haber un acuerdo mayoritario respecto a la idea de que las mujeres presentan una mayor capacidad para adaptarse a ambos roles que los hombres.

LAS TENSIONES SE RESUELVEN EN...

REIVINDICACIÓN DE LA PROPIA FAMILIA

AÑORANZA DE UN IDEAL PASADO

CONFUSIÓN Y BÚSQUEDA

AUTOCULPABILIZACIÓN

DELEGACIÓN DE RESPONSABILIDADES

Las tensiones señaladas se resuelven en elementos contradictorios, de mayor o menor rango:

– Ante todo una reivindicación de lo familiar: precisamente porque se siente en riesgo la familia debe ser rescatada y revalorizada (sobre todo la propia).

– Después, con menor presencia, la añoranza de un ideal tópico y presuntamente universal: cómo debería ser la familia.

– Una vivencia de confusión en significativos colectivos de padres, a veces complicada con vivencias de ansiedad.

– En grupos mucho más minoritarios, un sentimiento de autculpabilización: la familia, sobre todo los hijos, son como los hemos hecho; nosotros somos responsables.

– En un porcentaje de los colectivos anteriores, la ansiedad se resuelve en delegación de responsabilidades: ante la vivencia de impotencia, son otros quienes deben arreglar las cosas (maestros, administraciones, policía...).

De la asunción de estos roles diferenciados se derivan varias consideraciones que afectan al mencionado tema de la pérdida de autoridad y la excesiva permisividad con los hijos. Principalmente, como consecuencia de la destacada presencia de una imagen prototípica y estereotipada de la madre: la mujer abnegada y sacrificada, capaz de dar y hacer todo por sus hijos. Desde los hombres, que no dejan de reconocer cierto grado de admiración respecto al papel desempeñado por sus mujeres, se señalan algunos reproches referidos a una actitud que, derivada de esa posición de sacrificio y abnegación, da como resultado un incremento de la permisividad, algo que les resta autoridad a ellos mismos frente a los hijos. Y el discurso enfatiza: una vez perdida la autoridad, es muy difícil recuperarla.

Por su parte, las mujeres tampoco eluden el reproche a sus maridos: su actitud excesivamente despreocupada y desapegada respecto a las

actividades y problemas de relación cotidianos, muy especialmente los referidos a los hijos, provoca que sean ellas las que se vean obligadas a cargar con todo el peso de los mismos. Al tiempo, participando al fin y al cabo del mismo contexto de representación colectiva, tienden a asumir que todo esfuerzo y sacrificio, incluso a nivel muy personal (dejar carreras profesionales, por ejemplo), "compensa" si se hace por los hijos, reforzando así la imagen de madre abnegada. Una idea parece generalizada entre los adultos: nadie entiende ni se preocupa de los hijos como sus madres, y éstos las necesitan más que a nadie; ya veremos que la realidad de las relaciones concretas que los hijos refieren parece confirmar algunos aspectos de este estereotipo.

En cualquier caso, y a pesar de todos los esfuerzos y dificultades, la labor de educar y, como suele decirse, "sacar adelante" a los hijos, se contempla desde la satisfacción y la predisposición para realizar los sacrificios que sean necesarios en dicho cometido. Los hijos son quienes forman familia, la dotan de sentido y la unen, y por ellos se afrontan las dudas e insatisfacciones que provoca la labor de educarlos, que no son pocas. Esencialmente, padres y madres afrontan su tarea como educadores desde la inseguridad y la confusión. No existe preparación al respecto, ni apenas referentes a los que aferrarse en el desempeño cotidiano de todas las labores relacionadas con la educación de sus hijos. Así, ésta se realizará desde la intuición, el instinto y la buena voluntad de unos padres que, inevitablemente, tienden a sentirse algo "torpes" y "descolocados" ante el desempeño de una labor para la que no sienten haber sido preparados.

Esa inseguridad se incrementa desde el momento en que son conscientes de la importancia que adquiere su papel educador en un contexto social repleto de dificultades y en el que los jóvenes, antes o después, tendrán que enfrentarse por su cuenta a diversas situaciones de riesgo (droga, sexo, violencia, desengaños sentimentales, disgustos afectivos...). A partir del momento en que los hijos cruzan el umbral de la casa familiar, la única protección con la que contarán serán las enseñanzas aprendidas en el seno de la familia (con la ayuda de las otorgadas por otros agentes educativos, como la escuela), con las que habrán de desenvolverse en terrenos en los que no contarán con la protección directa de la familia. Así, la familia será el lugar donde se adquieran las capacidades y las herramientas necesarias para enfrentarse a la vida con garantías de salir airoso del envite.

Convencidos de tal cosa, los padres asumen la importancia de su labor en el seno de su familia, en su casa. Encontrar un equilibrio entre las actitudes proteccionistas, autoritarias y ejemplificadoras, y las permisivas, liberales y generadoras de confianza, además de mantener una imagen firme y coherente ante sus hijos, se antoja como algo fundamental si se pretende dotar a éstos de los valores y principios necesarios para vivir en sociedad.

Pero, en el desempeño de esta labor, refieren una dificultad creciente y bastante común a todos ellos: la escasez de tiempo que dedicar a los hijos, más aún por cuanto, independientemente del tiempo concreto que se les dedique, éste siempre tiende a ser percibido como escaso. En una situación en la que, desde las posturas derivadas de los modelos tradicionales que impregnan la percepción colectiva, los padres han delegado gran parte de la educación de los hijos en las madres, el hecho de que las madres vayan incorporándose de forma progresiva e importante al mercado laboral, significa que el tiempo que se pasa con los hijos se reduce de manera importante. Mientras los

padres tienden a vivir esta situación como algo bastante normal e inevitable, pues están acostumbrados a una realidad en la que siempre han trabajado fuera de casa, delegando el cuidado de los hijos en las madres, éstas (en el caso de trabajar fuera de casa) suelen experimentar mayores sentimientos autoculpabilizadores (de nuevo nos encontramos ante la imagen de madre abnegada).

En cualquier caso, la situación provoca en ambos la convicción creciente de estar delegando gran cantidad de importantes parcelas de la educación de sus hijos en agentes educativos externos, principalmente la escuela. No es extraño escuchar de boca de padres y madres que sus hijos pasan más tiempo con sus profesores que con ellos mismos, algo que les provoca sentimientos de impotencia, culpa y malestar al tiempo que, mucho más implícita y ambiguamente, les alivia. Ante esta situación, contra la que resulta tremendamente difícil luchar (la realidad laboral es la que es y los días sólo tienen veinticuatro horas), la respuesta de los padres es clara: el tiempo que se pase con los hijos debería ser de "calidad", y habría que aprovecharlo al máximo para la transmisión de los valores y el afecto que los hijos necesitan. De todos modos, esa propuesta (escasez de tiempo, aunque de "calidad", disponible para dedicar a los hijos) no evita en muchos padres sensaciones de inseguridad e insatisfacción, acaso no tanto por la insuficiencia como por el carácter teórico de dicha propuesta.

En la labor educativa, tan complicada y desconcertante, cualquier ayuda que provenga de agentes externos a la familia resultará esencial. De igual forma, su ausencia será especialmente sentida y señalada, y es en este punto en el que los padres vuelcan gran parte de sus críticas al sistema educativo en general y a los maestros y profesores en particular. Y es así porque muchos padres afirman no sentirse respaldados en su labor por esos agentes educativos externos: los planes de estudio suelen ser torpes en sus planteamientos y objetivos, mientras los profesores se centran casi exclusivamente en su labor formativa desde el punto de vista académico, dejando de lado las cuestiones más relacionadas con la educación en sí, que recaería casi en su totalidad en los

QUÉ COSAS LE AYUDARÍAN MÁS A RESOLVER LAS DIFICULTADES CON QUE SE ENCUENTRA EN LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS (porcentaje de padres y madres)

Ante las diversas peticiones que los padres hacen para sentirse apoyados en la educación de sus hijos, llama la atención la demanda de mayor implicación de los profesores. Es una demanda personalizada (está referida a los educadores, no al sistema educativo), que parece traducir una delegación de responsabilidades: como si, sintiéndose desbordados por las exigencias, los padres solicitaran ser sustituidos por los maestros.

	% CASOS
Que los profesores educaran mejor	59.6
Que los medios de comunicación fueran más educativos	49.2
Que hubiera más ayudas fiscales para las familias	30.2
Que su pareja se comprometiera más	26.1
Que hubiera mejores políticas de formación laboral	19.6
Que hubiera más y mejores recursos para ocio y tiempo libre	6.7
Que la policía controlara mejor algunas actividades	5.2
Que el sistema educativo tuviera más recursos	1.3
Que hubiera créditos financieros más asequibles para familias	0.3

padres. En este sentido apuntan las críticas de los padres, que en muchas ocasiones dicen sentirse solos ante las dificultades que tienen que enfrentar, tanto en el seno de la familia como fuera de ella.

Resulta especialmente destacable el hecho de que la alusión crítica al sistema educativo no se refiera a la dotación de mayor y mejores recursos (algo que pocos padres mencionan), sino a la actuación de los profesores: el 60% de los padres señala que, para que se pudieran resolver mejor las dificultades con las que se encuentran en la educación de sus hijos, los profesores deberían “educar mejor” (una queja que se extiende más entre los padres que entre las madres). Esta insensibilidad ante los problemas de los docentes⁵, este señalamiento de una responsabilidad personalizada en los maestros, acaso quepa ser interpretado como una sustitución delegadora de lo personal; quizás, como una forma de desculpabilización y descarga, se apela no tanto al apoyo del sistema educativo cuanto a que los educadores sean “padres sustitutos”.

También es cierto que en el mal equilibrio entre la educación familiar y la educación escolar, el relato de los padres no puede eludir sus dosis de responsabilidad, en dos sentidos que, en sí mismos, pueden resultar un tanto contradictorios. Por un lado, por delegar parcelas de la educación en agentes educativos externos, cuando les correspondería afrontarlas a ellos (en este caso, muchos de los planteamientos desculpabilizadores inciden en el ya mencionado problema de la escasez de tiempo disponible). Por otro lado, porque la tendencia a la sobreprotección de los hijos, así como una cierta permisividad, parece haber restado autoridad a maestros y profesores, que se ven mucho más limitados en su capacidad de influir sobre unos alumnos que sólo parecen responder ante sus padres (y, al parecer, no siempre).

Aunque en menor medida, los padres también extienden algunas exigencias, referidas a las ayudas requeridas en su labor educativa, a agentes o elementos que se encuentran fuera del sistema educativo: los medios de comunicación (de los que reclaman que sean “más educativos”), las políticas fiscales (que no ayudan lo suficiente a las familias) y las políticas de formación laboral (que no son todo lo buenas que deberían ser). Pero las exigencias no sólo se dirigen hacia fuera del núcleo familiar: hasta un 26% de los padres y madres, sobre todo de las madres, requieren un mayor compromiso de su pareja en la educación de sus hijos.

En definitiva, según la propia voz de los padres y madres, los apoyos necesarios para poder desarrollar correctamente su labor educativa habrán de venir de una combinación de ayudas externas (implicación del profesorado, adecuados planes educativos y políticas fiscales, medios de comunicación concienciados...) e internas (implicación de la propia pareja en una tarea común). Sólo en la correcta combinación de tales elementos creen poder encontrar el necesario apoyo para realizar de la mejor manera posible una labor que, en muchas ocasiones, les desborda, y para la que, según sus propias palabras, no se sienten preparados.

5. En *Los docentes españoles y la prevención del consumo de drogas* (Megias, E. et al., 1999) podemos ver que los profesionales de la educación formal, no sólo refieren respecto a los padres quejas similares a las que éstos les reprochan, sino que señalan múltiples insuficiencias estructurales que dificultan su tarea.

LA POSTURA DE LOS PADRES

La gran importancia que se concede a la familia, y la teórica buena salud de la que parece gozar a tenor de los comentarios de sus miembros, son aspectos que quedan reforzados al observar que a un 86% de padres y madres que señalan que “los miembros de la familia pensamos que la unidad familiar es muy importante”, le sigue un 82% que afirma que “los miembros de la familia nos sentimos muy unidos” y un 75% que dice que “los miembros de la familia nos pedimos ayuda unos a otros”. En definitiva, la mayoría de los padres afirma que la unión familiar es muy importante y que, además, en su familia concreta se produce esa unión y un adecuado clima de colaboración. Algunas afirmaciones contribuyen a matizar el idílico panorama dibujado: sólo la mitad de los padres señalan que “a los miembros de la familia nos gusta pasar tiempo juntos”, apenas un 40% afirma que existe una rotación en las responsabilidades de la casa, y hasta un 33% señala que no ha logrado crear una cultura de normas estables en su familia.

Respecto a cuestiones más directamente relacionadas con sus hijos, siete de cada diez padres afirman que no tienen ningún problema con las amistades de éstos y que tienen en cuenta la opinión de sus hijos “en las normas que les afectan”, aunque el porcentaje baja hasta el 50% cuando se trata de seguir “las sugerencias” de los hijos para “solucionar los problemas” familiares.

PORCENTAJE DE ACUERDO CON ALGUNAS CUESTIONES RELATIVAS A LA ORGANIZACIÓN Y FUNCIONES FAMILIARES

OPINIONES	PADRES/MADRES	HIJOS
Los miembros de la familia nos sentimos muy unidos	81.5	74.8
En nuestra familia vamos adaptando la manera de hacer las cosas según las circunstancias	73.0	63.5
Los padres aceptan los amigos que tienen los hijos	72.2	67.3
Se tiene en cuenta la opinión de los hijos en las normas que les afectan	69.7	55.2
A los miembros de la familia nos gusta pasar el tiempo libre juntos	54.0	38.7
A la hora de solucionar los problemas, se siguen las sugerencias de los hijos	51.4	40.9
Nos turnamos las responsabilidades de la casa	40.8	40.9

A partir de estos datos, y de otros muchos obtenidos de la encuesta que da origen a este informe, podemos describir cinco estilos básicos en la forma de organización y en el funcionamiento de las familias españolas. Cinco maneras que, y esto es algo que resulta imprescindible señalar, no son incompatibles ni se comportan como modelos excluyentes unos de otros; es decir, son modos de agrupación de ciertas características

✓ *La mayoría de padres se muestran satisfechos de cómo es su familia.*

✓ *Hay pocas divergencias en las opiniones de padres y madres.*

– *Las madres “edulcoran” algo más la realidad.*

– *Las madres aceptan algo mejor los cambios.*

✓ *Son escasas las diferencias de opinión entre padres e hijos cuando se hacen valoraciones genéricas.*

✓ *Aumentan las diferencias de opiniones entre padres e hijos cuando se hace referencia a cuestiones más concretas.*

– *Los hijos tienen una visión menos positiva del funcionamiento de la familia.*

– *Los hijos creen menos que sus opiniones sean tenidas en cuenta.*

– *Los hijos tienen una visión menos optimista de la unidad familiar.*

concretas de la manera en la que puede llevarse a cabo la organización y el reparto de las funciones en el seno de la familia, con independencia de que algunos padres puedan estar de acuerdo con aspectos de diferentes agrupaciones y actúen en función de ello.

El modelo que mayor acuerdo suscita entre los padres es el que se basa en la **cohesión**, que resalta de forma especial la importancia que para todos sus miembros tiene la unión familiar; estas personas afirman que, en su caso, se produce efectivamente dicha unión, al tiempo que se muestran de acuerdo con la conveniencia de ir adaptando la forma de actuación familiar a las circunstancias del momento.

A continuación se situaría el modelo que se monta sobre el **diálogo** y el **consenso**. Este diálogo está referido especialmente a las relaciones con los hijos: hay que tener en cuenta la opinión de éstos en las cuestiones que les afectan y, en términos generales, a la hora de solucionar los problemas que puedan aparecer en el seno de la familia.

El modelo basado en la **autosuficiencia** muestra una familia mucho más centrada en sí misma, sin gran necesidad de abrirse a los demás, pues se siente muy unida y a sus integrantes les gusta hacer las cosas entre ellos, sin necesidad de personas ajenas.

Suscitando ya menos de la mitad del acuerdo de los padres está el modelo de **cooperación** y **participación**, centrado en aspectos relacionados con la realización conjunta de las actividades familiares por parte de todos los miembros de la familia, que quieren hacer las cosas juntos, compartiendo responsabilidades y sugerencias.

Por último, con el menor grado de adhesión entre los padres pero suscitando no obstante la identificación de un 20% de ellos, encontramos el modelo más radical, definido por la **anomia**, y que está representado por situaciones familiares conflictivas, en las que no existen reglas o normas a la hora de organizar la convivencia entre los miembros (dificultad de identificar quién o quiénes deciden, importante proporción de hijos que imponen sus criterios al resto de la familia, etc.).

Como se ve, un amplio abanico de estilos de relación y de organización familiar, que ilustran claramente sobre la diversidad y la multiplicidad de las familias españolas del momento.

En relación a todas estas cuestiones relativas a la organización y planificación de la vida familiar, las opiniones de padres y madres, tomadas de forma separada, no presentan

diferencias importantes. Sólo pequeños matices nos permiten señalar algunas peculiaridades: a los padres les resulta algo más difícil identificar quién manda en casa, mientras las madres tienen una percepción más favorable del funcionamiento de la familia, potencian más la unidad familiar y la capacidad de adaptación de ésta a la hora de encarar los problemas y a la hora de consultar decisiones. Además, en relación con los hijos, las madres, en mayor proporción que los padres, afirman tener en cuenta la opinión de éstos y aceptar de buen grado los amigos que tienen. En cualquier caso, éstos son pequeños matices que no pueden negar una cosa: existe una gran sintonía en la manera en que padres y madres valoran todos estos elementos.

El clima de teórica armonía y de correcto funcionamiento familiar, se ve matizado de manera importante cuando los discursos de padres y madres afrontan la manera en que se entabla la comunicación entre los miembros de la familia, especialmente en lo que se refiere a la relación entre padres e hijos. Principalmente, porque la diferencia generacional propicia muy diferentes claves de entendimiento, no sólo en lo que se refiere al lenguaje en sí mismo (la manera en que los jóvenes hablan entre ellos y, sobre todo, con sus padres, se observa, desde éstos y en muchas ocasiones, desde la perplejidad y literal incompreensión), sino en lo referido a temáticas, intereses y preocupaciones. Por todo ello, la comunicación entre padres e hijos, sobre todo en los periodos en los que éstos se encuentran inmersos en la adolescencia, no resulta nada fácil, dificultando esto el acercamiento y, consecuentemente, la labor educativa de los padres.

En el desarrollo cotidiano de la convivencia, los padres señalan un aspecto que ejemplifica perfectamente las dificultades que existen para que se produzca el necesario acercamiento con sus hijos: progresivamente, los hijos han ido retirándose a sus habitaciones, lugares donde se encierran, se incomunican, y de los que no tienen necesidad de salir, pues en ellos disponen de todo lo necesario (televisión, música, ordenador...). Ello, unido al hecho de que los ritmos del trabajo y las ocupaciones de madres, padres e hijos, dificultan enormemente la probabilidad de coincidir en horarios en los que poder estar juntos (para comer, por ejemplo), y de que la televisión ha sustituido, en gran medida, a la conversación, pone de relieve un complejo panorama en lo que se refiere a los lazos comunicativos familiares.

Ante esta situación, los padres tampoco eluden su dosis de responsabilidad, de nuevo centrada en los problemas de permisividad y sobreprotección mencionados con anterioridad: si los hijos tienen todo lo necesario para pasar un día en sus habitaciones sin necesidad de salir de ellas es porque los padres se lo han permitido (porque todos los jóvenes lo tienen, y nadie quiere que sus hijos se sientan menos que la gente que les rodea). También como señalamos con anterioridad, los padres se atribuyen la responsabilidad de hacer que el poco tiempo que pasen junto a sus hijos sea de "calidad", si bien, añaden, no saben cómo conseguir esa "calidad", y la exigencia termina frecuentemente en una vivencia de impotencia culposa.

En cualquier caso, por encima de todos estos elementos planea el fantasma de la adolescencia de los hijos, periodo que casi todos los padres viven desde el conflicto y la dificultad para el acercamiento a los hijos. Durante tal época, los problemas de comunicación se acentúan hasta extremos tales que, en ocasiones, hacen tremendamente complicada la convivencia. Los hijos parecen expresarse en un idioma completamente

distinto al que emplean sus padres, y pasan a ser prácticamente unos desconocidos para éstos, que se encuentran perdidos ante el desconocimiento de sus inquietudes, problemas y pensamientos, y ante la incomprensión de sus comportamientos y razonamientos. La situación puede derivar en ambientes verdaderamente hostiles, en los que los hijos se sienten incomprendidos y los padres llegan a sentir que son considerados como "enemigos" por parte de éstos.

Eso sí, tales consideraciones de los padres suelen estar restringidas a esos periodos adolescentes, más o menos largos según los casos, pero finitos, tras los cuales (eso siguen opinando los padres) los hijos saldrán de sus habitaciones y se acercarán para hablar y contar sus asuntos y preocupaciones, ahora sí desde un lenguaje más cercano y con mayores dosis de respeto y consideración. Esto es aceptado y entendido por parte de los padres en base a una explicación: "mis hijos han madurado".

El hecho de que estos periodos conflictivos sean vistos como limitados a épocas muy concretas del desarrollo de los hijos, o incluso el que sean considerados como algo "normal" dentro de los muchos estadios que pueden atravesar las relaciones entre padres e hijos, es, probablemente, una de las razones que explican que, cuando se pregunta a los padres de manera individual por sus consideraciones relativas a la comunicación con sus hijos, el conjunto de las respuestas dadas resulte claramente positivo. Con un matiz destacable: el mayor grado de acuerdo de los padres se encuentra respecto a consideraciones que implican actitudes y comportamientos de comunicación unidireccionales: comunicación de los padres hacia los hijos, sin respuesta o sin necesidad de respuesta por parte de estos últimos. Así, el 80% afirma "mostrar abiertamente afecto, cariño a mi hijo", el 77% dice poder "hablar de mis sentimientos con mi hijo, sin sentirme cohibido", y el 71% está de acuerdo en que le "resulta muy fácil expresar mis sentimientos (enfado, alegría) a mi hijo".

Cuando la afirmación supone un comportamiento activo y recíproco por parte de los hijos, los resultados, aún siendo altos, son sensiblemente inferiores a los anteriores: seis de cada diez padres afirman que "mi hijo intenta comprender mi punto de vista", que están "muy satisfechos de cómo mi hijo y yo hablamos" y que "cuando hago preguntas, mi hijo responde sinceramente" (ello no implica que los cuatro de cada diez padres restantes, estén totalmente en desacuerdo con esas afirmaciones; a veces muestran un cierto acuerdo, aunque de grado mucho menor). Incluso podemos encontrar afirmaciones que no son reconocidas ni por la mitad del total: por ejemplo, sólo el 43% afirma que "mi hijo siempre sabe escuchar". Por tanto, desde los resultados de las encuestas podemos confirmar también esa sensación, por parte de los padres, de no sentirse tan comprendidos y valorados por sus hijos como ellos intentan comprenderlos y valorarlos. Más que de una buena comunicación, se hablaría de un esfuerzo por comunicarse que, en bastantes casos, no es correspondido.

En función de los diferentes elementos a partir de los cuales padres y madres describen la relación de comunicación con sus hijos, y en base a los resultados estadísticos, podemos establecer cinco formas de relación que acentúan, cada uno de ellos, las distintas maneras en que se establece la comunicación. Estas formas que, hay que repetirlo, no son exclusivas ni incompatibles (un mismo padre puede posicionarse en varios modelos a la vez), simplemente indican tendencias o prototipos.

Hay un modelo con el que se identifican tres de cada cuatro padres, y que responde a esa postura ya descrita, en la que los padres muestran un esfuerzo para contactar con sus hijos, que resulta ser **unidireccional**. Las madres se sienten incluidas en este grupo en mayor proporción que los padres, lo cual posiblemente habla no tanto de que los hijos les respondan menos cuanto de que ellas hacen más esfuerzos que sus propias parejas por comunicarse con aquéllos.

Algo más de la mitad de los padres se reconocen en un modelo que destaca por mostrar muy buenas relaciones con los hijos, y no sólo de manera unidireccional sino **recíproca**: “mi hijo/a intenta comprender mi punto de vista”, “siempre sabe escuchar”, “cuando hago preguntas responde sinceramente”, “me resulta fácil hablar de los problemas con él/ella”, etc. Resulta destacable el hecho de que son más madres (y, en concreto, hablando de sus hijas) las que se sitúan en este grupo. Además, cabe señalar que, de igual forma que ocurre con el grupo anterior, la buena comunicación entre padres e hijos se corresponde también con las mejores relaciones entre cónyuges o parejas, creándose así un muy buen clima familiar. Es significativo que este buen clima familiar, que parece “engrasar” la comunicación en todas las direcciones en las familias en las que se da, se muestra como un elemento que parece ser protector respecto a las situaciones de conflicto familiar o de riesgo para los hijos; luego lo veremos.

Algo menos de un tercio de padres y madres se reconocen en el modelo en el que afirman que “no creo que pueda decirle a mi hijo cómo me siento acerca de algunas cosas”, “hay ciertos temas que evito hablar con mi hijo” y “tengo cuidado con lo que le cuento a mi hijo”.

No llega al 15% la proporción de padres que se situarían en una forma de relación **precauosa**, muy cercana al modelo anterior, al que se añade un tono de desconfianza defensiva: “a veces me cuesta trabajo creer todo lo que mi hijo me dice”, “a veces no me atrevo a pedirle lo que quiero”...

Muy minoritaria (4%) pero también muy significativa por su radicalidad, es la última de las posibles formas de comunicación (en este caso, comunicación **conflictiva**), que agrupa a los padres que peor relación tienen con sus hijos. Afirman cosas como que “mi hijo me dice cosas que sería mejor que no se dijeran”, “cuando hablo con mi hijo/a le digo cosas que no se deberían decir”, e incluso que “mi hijo me insulta cuando está enfadado conmigo”, “mi hijo me agobia” o “cuando tenemos problemas, a menudo dejo de hablar con mi hijo”. Sin excluir la posible participación de los hijos en la situación de conflicto que se describe, los cruces con otras variables permiten aventurar que en los padres que viven estas situaciones abundan las rigideces en los planteamientos y la no aceptación fácil de la autonomía de los hijos. Estos padres reclaman, en mayor proporción que el resto, ayudas externas a la familia, acaso como una confesión explícita de su incapacidad para enfrentar las dificultades de relación desde los propios recursos.

Con independencia de la mayor o menor cercanía a cada uno de estos modelos, sí es cierto que existen algunas sensaciones de insatisfacción que recorren todo el discurso de los padres cuando hablan de la comunicación con sus hijos. Principalmente porque tienen la convicción de estar cediendo continuamente ante ellos, hasta el punto de que, en muchos casos, se sienten prácticamente “sometidos” en sus propias casas, algo

que llega a hacer que afirmen sentirse como “esclavos” de sus hijos. Esta situación sume a los padres en un gran desconcierto, pues al tiempo que se sienten impotentes para cambiarla, les remite al tiempo en el que ellos fueron jóvenes y sus padres sí dominaban la situación en el hogar familiar. En no pocos casos, asumir la certeza de haber vivido y vivir dos extremos muy alejados de las relaciones paterno-filiales (padres autoritarios e hijos egoístas, desagradecidos e irrespetuosos) se constituye en parte importante de la insatisfacción de algunos adultos, situación ante la que no saben o no pueden reaccionar más allá de la exasperación de sus quejas.

La insatisfacción se completa cuando los padres afirman no sentirse comprendidos ni valorados por sus hijos, que es algo que está directamente relacionado con los comportamientos de entrega unidireccional de afecto, comunicación y cariño que caracterizaban algunos de los modelos de comunicación expuestos: padres que entregan todo a sus hijos, se desviven por ellos, mientras éstos no sólo se limitan a recibir (cariño, cuidados, bienes materiales...) sin entregar nada a cambio, sino que además no agradecen la entrega de los padres.

Durante algún tiempo, a lo largo del desarrollo de los hijos hacia la vida adulta, estas situaciones de insatisfacción por parte de los padres y de complicada comunicación entre padres e hijos, producen una sensación general de cierto desapego del núcleo familiar, unida a una visión del hogar como una “pensión” en la que unos y otros entran y salen sin apenas tener contacto o comunicación entre ellos, sólo por la necesidad de tener alojamiento y sustento. Este panorama durará más o menos según cada familia y alcanzará sus cotas más preocupantes en aquéllas especialmente conflictivas y problemáticas, en las que se llega a sentir que se ha perdido el sentimiento y el sentido de lo que debería ser una verdadera familia. En cualquier caso, como suele ocurrir respecto a otras muchas cosas, existe una tendencia por parte de los padres a justificar el comportamiento de sus propios hijos. Por un lado, mediante un mecanismo autoculpabilizador basado en su grado de responsabilidad respecto al comportamiento de sus hijos: si nos comportamos con ellos de manera tan sobreprotectora, tolerante e incluso inocente (“a veces te dejas engañar”), es normal que se comporten así (“pero claro, cómo no vamos a ser así con ellos, si necesitan tanto nuestra ayuda...”). Por otro lado, asumiendo la situación como algo consecuente con los valores imperantes en la sociedad que les ha tocado vivir: “si nosotros fuéramos jóvenes ahora, también nos comportaríamos así”.

Todas estas cuestiones, expresadas por los padres de forma clara desde los discursos grupales, quedan muy matizadas cuando responden de forma individual a un cuestionario sobre los mismos asuntos. Así, en relación con las sensaciones personales respecto al funcionamiento de sus propias familias, las cuestiones que suponen experiencias positivas cuentan con porcentajes importantes de padres y madres que afirman sentirse así con frecuencia o siempre: “mi pareja se implica mucho en la educación de mis hijos” (68.7%); “cuando analizo la educación que le doy a mis hijos siento que lo estoy haciendo bien” (67.2%); “siento que manejo bien los conflictos de convivencia con mis hijos” (57.3%).

No obstante, llama la atención la existencia de porcentajes muy significativos de padres y madres que, o bien dicen no vivir nunca o en todo caso con muy poca frecuencia, las circunstancias teóricamente positivas (al menos, que el conjunto de padres valoran como tales), o señalan que en ellos se dan con frecuencia o siempre las circunstancias

negativas. Además, hay que tener en cuenta que, según la dureza de la proposición, porcentajes teóricamente pequeños pueden adquirir, según la sensibilidad e interpretación de cada cual, una especial relevancia.

Con referencia a lo anterior, cabe destacar:

- Casi un 40% de los padres dice sentirse desbordado por los problemas con sus hijos a veces y con frecuencia (más del 16%, con frecuencia o siempre).
- El 10% afirma que pocas veces o nunca siente que maneja bien los conflictos de convivencia con sus hijos. El 33% sólo lo hace a veces.
- El 10% afirma que a veces, con frecuencia o siempre desea que sus hijos se vayan de casa como consecuencia de los conflictos que vive con ellos.
- Casi un tercio de los padres (un 31%) apunta que en su casa hay, con frecuencia o siempre, problemas de convivencia con sus hijos.
- El 12% afirma que siente con frecuencia que sus hijos invaden su vida y le privan de algunos derechos.
- El 13% siente como si sus hijos pareciesen enemigos a veces, con frecuencia o siempre (frecuentemente o siempre lo sentiría un 5%).
- El 9% siente con frecuencia o siempre que la educación que ellos recibieron no les permite educar adecuadamente a sus hijos.
- Más del 14% afirma que su pareja se implica en la educación de sus hijos pocas veces o nunca.
- Un 13% se siente con frecuencia solo ante las responsabilidades de la educación de sus hijos, y un 6% se siente así siempre o casi siempre.
- El 15% cree que sus hijos se muestran pocas veces o nunca tal como quisieron educarles.
- Algo más del 20% de los padres siente con frecuencia o siempre que las exigencias económicas de los hijos no tienen límites y le agobian.
- Finalmente, el 4% de padres se arrepiente continuamente de haber tenido hijos; otro 5% siente lo mismo a veces.



Los padres se sienten más invadidos en sus derechos que las madres. Éstas se sienten más solas ante sus responsabilidades que sus parejas.

De nuevo conviene dejar constancia de que tales porcentajes no dejan de ser minoritarios en su conjunto, y de que las sensaciones generalizadas de padres y madres presentan un tono positivo. A partir de ahí, la relevancia de cada uno de los resultados concretos presentados quedará a la interpretación personal de cada lector.

Estas respuestas, que engloban a padres y madres conjuntamente, sólo presentan diferencias significativas entre ambos sexos respecto a tres cuestiones: son muchos más padres que madres los que sienten que su pareja se implica mucho en la educación de sus hijos, son muchas más madres que padres quienes afirman sentirse solas ante la responsabilidad de educar a sus hijos, y los padres se sienten algo más invadidos y privados de derechos por sus hijos que las madres.

Todas estas sensaciones que acabamos de apuntar dan lugar a cuatro tipos esenciales de agrupaciones vivenciales en los padres. Dicho de otra manera, los padres y madres españoles, en lo que respecta a sus sentimientos hacia la familia, sobre todo hacia sus hijos, se sentirían próximos a cuatro modelos diferentes (siendo posible que algunos padres se identifiquen, más o menos, con aspectos de diferentes modelos).

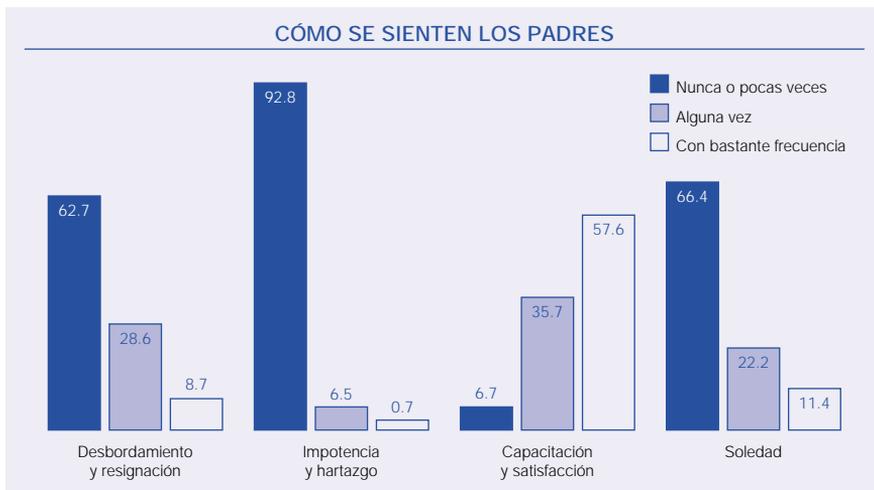
En primer lugar, el modelo que podríamos llamar **Desbordamiento y resignación**, en el que más de uno de cada tres padres (37%) se siente encuadrado alguna vez, con frecuencia o siempre. Estos padres reconocen tensiones personales ocasionadas por los conflictos con sus hijos, ante los que se sienten desbordados hasta el punto que, en ocasiones, para defenderse llegan a no reconocer la propia existencia de tales conflictos. Suele ser más frecuente que los padres que se encuadran en tal grupo sean mayores de 35 años y, por tanto, tengan hijos de mayor edad que otros: con hijos más pequeños será más difícil tener la sensación de que esos hijos "dominan" la situación en casa, algo que sí puede pasar cuando los hijos son más mayores. También parece lógico, y así lo muestran los resultados, que sean los padres que muestran unas peores relaciones con sus hijos los que, en mayor medida que el resto, se encuadren en este grupo.

Uno de cada tres padres afirma sentir a veces, con frecuencia o incluso siempre un conjunto de vivencias de **Soledad** al enfrentarse a las tareas y responsabilidades que suponen la educación de sus hijos. Soledad ocasionada porque echan en falta la ayuda de su pareja (sobre todo) o de otros agentes educativos externos a la familia. Cabe destacar que la proporción de madres que se sitúan en este grupo con alguna o mucha frecuencia (casi la mitad de ellas) es muy superior a la de padres que lo hacen (22%). También existe mayor representatividad en las zonas rurales, en las familias con menores niveles de ingresos y entre viudos/as, separados/as y divorciados/as.

Algo más del 7% de los padres y madres se situarían en alguna ocasión en un modelo de **Impotencia y hartazgo**, caracterizado por las vivencias de malestar, por una sensación de estar superados por los problemas y conflictos con unos hijos a los que consideran seres extraños y hostiles, por la convicción de no haber sabido educarlos (en gran parte por la educación que ellos mismos recibieron), e incluso por un cierto deseo de que sus hijos se vayan de casa y desaparezcan de sus vidas. Como parece lógico, existen muchos más padres y madres que se decantan por este grupo entre quienes afirman que las relaciones con sus hijos son malas o muy malas. También están representados por encima del resto los de mayor edad (que, por tanto, presentan una mayor

diferencia generacional respecto a sus hijos), los residentes en núcleos de población más pequeños y quienes cuentan con menos estudios (acaso en relación con un contexto social y personal de menores recursos defensivos y de apoyo).

Pero la inmensa mayoría de los padres y madres (el 93%) se situaría con bastante frecuencia en un modelo que podríamos denominar como de **Capacidad y satisfacción**, algo que nos indica, de nuevo, la ampliamente generalizada sensación de que la propia familia va bien. Caracterizado por la sensación de estar “haciendo las cosas bien”, de que se está capacitado para resolver los conflictos que se plantean (conflictos que no se niegan), y de que los hijos responden a las expectativas que se proyectan sobre ellos a lo largo del proceso educativo. Casi la práctica totalidad de quienes afirman tener unas relaciones buenas o muy buenas con sus hijos y con su pareja, se sitúan en este grupo, bajando la proporción cuando esas relaciones, con unos u otros, no son tan buenas. Destaca, por mostrar diferencia respecto a otros grupos, que en este grupo existen más padres que no delegan responsabilidades en otros agentes educativos, sino que piden ayudas para desarrollar mejor la propia tarea.



La mayoría de los padres afirman sentirse satisfechos ante la situación de su propia familia.

No obstante aparecen minorías significativas que se reconocen con frecuencia (y mucho más frecuentemente “a veces”) en vivencias contrarias a la satisfacción.

- *Casi 1 de cada 10 padres/madres asegura que con frecuencia se sienten desbordados por los conflictos familiares, con un punto de resignación ante ese desbordamiento (la resignación se traduce en pasividad, en inhibición o en negación de los problemas).*
- *Más del 5% de los padres/madres sienten a veces la vivencia más extrema de conflictividad con los hijos: impotencia absoluta y fantasías de desaparición de la familia.*
- *Casi 1 de cada 4 padres/madres (sobre todo madres, en una proporción doble que la de sus parejas) sienten vivencias de soledad ante las responsabilidades y conflictos con sus hijos. Más de 1 de cada 10 viven con frecuencia esta situación.*

3

LO QUE DICEN LOS HIJOS

A tenor de las respuestas dadas por los hijos en todo lo relativo a las cuestiones de la organización familiar y el reparto de funciones en el seno de la misma, podemos concluir que el acuerdo respecto a las opiniones de los padres es muy grande, tanto en lo que se refiere a las cuestiones que valoran positivamente, como a las que valoran negativamente. De nuevo, un altísimo porcentaje de hijos (78%) considera que la unión familiar es algo muy importante, y tres de cada cuatro también afirman que en su familia se prestan ayuda unos a otros, y que se sienten muy unidos entre ellos. Por tanto, y como ocurre con los padres, desde los hijos se transmite una imagen de la familia muy positiva, sólida y unida.

Sólo si entramos en detalles encontramos diferencias que, en algunos casos, provocan que sea necesario matizar el tono positivo de las respuestas. Especialmente porque las diferencias entre las respuestas de padres e hijos se acentúan cuando se trata de dos cuestiones: las relacionadas con que a los miembros de la familia les guste pasar tiempo libre juntos y sepan qué hacer conjuntamente, y las relativas al hecho de que se tengan en cuenta las sugerencias de los hijos en la resolución de los conflictos familiares. En estas dos cuestiones, las respuestas positivas de los hijos son sensiblemente inferiores a las de los padres.

En líneas generales, y atendiendo a las cuestiones en las que padres e hijos muestran mayor grado de desacuerdo (nunca excesivo, todo hay que decirlo), podemos apuntar que los padres tienen una visión más positiva del funcionamiento familiar que sus hijos. Las mayores diferencias se encuentran en los asuntos más concretos, mientras que las cuestiones que muestran valoraciones más globales y subjetivas y se refieren a la unión familiar muestran altos grados de acuerdo. Haciendo especial hincapié en las dos cuestiones anteriormente mencionadas, podemos afirmar que, en conjunto, unos y otros consideran que la unión familiar es muy importante, lo cual no significa, especialmente para los hijos, que pasen el tiempo juntos, ni que sientan que son consultados en cuestiones que conciernen al conjunto de la familia.

También resulta destacable que los hijos perciban en mayor proporción que los padres que “en su casa no hay normas y reglas fijas”, algo que cabría interpretar como ausencia de normas (interpretación negativa), tanto como adaptación y consenso de las mis-

mas entre los miembros de la familia (interpretación positiva), pero que, atendiendo al cruce con otras variables, tendemos a traducir en el primer sentido, más crítico. También conviene destacar el hecho de que los hijos afirmen en mayor proporción que los padres que consideran importante que estén todos presentes cuando se reúnan para alguna actividad, más aún por cuanto eran los padres quienes, en porcentajes superiores, señalaban que están todos juntos a la hora de realizar cualquier actividad. Por tanto, podemos concluir que los hijos manifiestan que están menos tiempo con sus padres del que consideran necesario, y del que los propios padres dicen estar.

Aproximadamente dos de cada tres hijos defenderían una organización y un funcionamiento familiar montados sobre el **diálogo**, una familia que intenta adaptarse a las circunstancias en el modo de hacer las cosas, que concede importancia a las opiniones de los hijos y en cuyo seno se ayudan sus miembros.

La mitad de los hijos se apunta a un modelo de familia que apuesta especialmente por la **unidad**: prima el gusto por pasar el tiempo juntos y hacer cosas en las que participen sólo los miembros de la familia. Igual que en el grupo anterior, en éste se incluyen los adolescentes social y familiarmente mejor insertados, contentos con la vida que llevan.

Un 27% enfatizaría sobre todo las cuestiones relacionadas con lo **participativo**; su idea de organización familiar giraría alrededor de una única y fundamental cuestión: los miembros de la familia nos turnamos las responsabilidades de la casa. Destaca especialmente que la presencia de chicas en este grupo es muy superior a la de chicos, destacando también aquéllas que dicen pertenecer a una familia monoparental constituida sólo por la madre.

PORCENTAJE DE ACUERDO CON ALGUNAS CUESTIONES RELATIVAS A LA COMUNICACIÓN Y RELACIONES EN LA FAMILIA

OPINIONES	DE LOS PADRES (respecto a los hijos)	DE LOS HIJOS (respecto al padre)	DE LOS HIJOS (respecto a la madre)
Le muestro abiertamente afecto	79.5	56.4	72.2
Me resulta muy fácil expresar mis sentimientos	70.7	51.8	64.9
Intenta comprender mi punto de vista	60.5	50.4	69.7
Estoy muy satisfecho de cómo hablamos	60.2	45.7	66.2
Me resulta fácil hablarle de los problemas	56.8	41.2	38.7
Me dice cosas que duelen, ofenden	30.1	14.2	15.5
A veces no me atrevo a pedirle lo que quiero	25.6	34.8	35.8
Le digo cosas que duelen, ofenden	11.1	14.1	17.4
Me agobia	8.1	15.0	16.4
Me insulta cuando está enfadado	7.3	8.4	9.4

Por último, hasta un 13% de los hijos se mostrarían de acuerdo en reconocer que en su familia domina un estilo **anómico**: hablarían de una familia en la que acaban imponiéndose las opiniones de los hijos, en la que resulta difícil identificar quién o quiénes mandan y en la que no hay normas fijas. Los adolescentes de este grupo conceden mucha más importancia que los del resto de grupos a sus amigos como agentes socializadores (muy por encima de la que otorgan a los colegios o a los libros). En este colectivo también abundan los jóvenes sobre los que la influencia de los padres es menor, y que tienen bastante menor motivación escolar que el resto.

En lo que se refiere a cuestiones más relacionadas con la comunicación entre hijos y padres, y a tenor de los resultados obtenidos, podemos ofrecer una conclusión muy clara: ésta es mucho más fluida con la madre que con el padre. Y no sólo más fluida, sino más frecuente, algo que observamos a partir de dos tendencias: cuando los hijos hablan de cuestiones que hacen referencia a una comunicación positiva ("mi padre/madre sabe cómo me siento", "mi padre/madre siempre sabe escuchar", "estoy muy satisfecho de cómo mi padre/madre y yo hablamos", "mi padre/madre intenta comprender mi punto de vista", etc.), sitúan en mucha mayor proporción a sus madres; cuando hablan de relaciones negativas ("a veces me cuesta trabajo creer todo lo que mi padre/madre me dice", "mi padre/madre me agobia", "mi padre/madre me dice cosas que sería mejor que no se dijeran"), las diferencias también señalan una mayor proporción, aunque en este caso mínima, hacia las madres. Es decir, la gran mayoría de cuestiones relativas a la comunicación entre padres e hijos indican que ésta se produce de forma más frecuente y natural con las madres que con los padres. La aparente contradicción (también los aspectos negativos son ligeramente más frecuentes en relación con las madres) se resuelve entendiendo que si el hijo o la hija hablan más con la madre, será normal que, no sólo se sientan más satisfechos por ello sino que también tengan algunos problemas más con ella que con el padre, con quien se comunican mucho menos y, por tanto, tienen menores posibilidades de entrar en conflicto.

También podemos señalar, en la comparación de las respuestas que daban los padres de forma separada (padres y madres, independientemente) con las que dan los hijos, que los padres tienen una percepción de las relaciones con sus hijos mejor que la que éstos tienen cuando se refieren a las relaciones con su padre (cosa que no pasa tanto entre los hijos y la madre). Además, esos padres perciben su propia disposición y sentimiento de apertura hacia sus hijos (en el sentido de mostrar afecto, demostrar sentimientos y hablar de creencias), en proporción bastante superior a la que sus hijos reconocen.

- ✓ *La gran mayoría de padres y madres creen que las relaciones con sus hijos son positivas.*
- ✓ *En cambio se muestran menos satisfechos de las que sus hijos tienen con ellos.*
- ✓ *Grupos minoritarios, pero significativos, de padres y madres tienen una visión muy pesimista de algunos aspectos concretos de la comunicación y de las relaciones familiares.*
- ✓ *Los hijos creen tener una comunicación más intensa con la madre que con el padre: con ella viven muchas más sensaciones positivas y también tienen más conflictos (porque la relación es más frecuente e intensa).*
- ✓ *Las relaciones padres/hijos parecen correlacionarse con un "clima familiar", positivo o negativo.*
- ✓ *El "clima familiar" parece influir en determinados comportamientos de los hijos (por ejemplo, en el rendimiento escolar), y también en las posturas de delegación de responsabilidades de los padres.*

Sin embargo, las diferencias en la valoración de la comunicación respecto a la madre son mucho menores: la sintonía entre madre e hijos es mucho mayor, y los hijos muestran mayor acuerdo con sus progenitores al valorar las relaciones familiares cuando se refieren a la madre que cuando se refieren al padre. Se puede decir de otra manera: los padres (el padre) están, en bastantes ocasiones, un tanto descolocados a la hora de valorar la comunicación interna en la familia, especialmente en lo que se refiere a las relaciones recíprocas: mientras tanto, madres e hijos percibirían las cosas de forma mucho más parecida.

Estas cuestiones se reflejan en el hecho de que los hijos consideren, muy mayoritariamente, que su madre "siempre sabe escuchar", mientras que esta consideración respecto al padre es mucho menor, o que muestren más dificultades en hablar de sus problemas con el padre que con la madre. En definitiva, la madre, a ojos de sus hijos, representa la figura clave en lo que se refiere a la comunicación en el seno de la familia.

Desde otra perspectiva, podemos señalar algunas tendencias interesantes. En primer lugar, parece existir una correlación entre el clima de la comunicación y las relaciones familiares y el rendimiento escolar de los hijos: cuando la inserción familiar del hijo es correcta (buena relación con los padres, buena relación con los hermanos, clima familiar positivo), la inserción escolar también suele serlo. Por otro lado, también se producen dos apreciaciones destacables: los hijos que tienen buenas relaciones con sus padres señalan a la familia y a la escuela como los lugares donde se dicen las cosas más importantes, mientras que los hijos que mantienen malas relaciones señalan para lo mismo a los amigos y a los medios de comunicación.

Una aproximación indirecta, pero muy fiable, a la constelación de valores familiares está relacionada con la justificación de determinados comportamientos.

En la línea de investigaciones anteriores encontramos que:

- *Existe una aproximación clara entre la jerarquización de valores de padres e hijos (no existe una subcultura juvenil propia en lo que se refiere a valores).*
- *Padres e hijos se muestran significativamente defensores de valores propios en las cuestiones que se refieren a comportamientos privados o que son relativos a una moral privada.*
- *Los porcentajes de hijos que defienden valores de tipo "ventajista" o "antisocial" son mayores que los correspondientes a los padres.*

Todas estas cuestiones relativas a la organización y comunicación en la familia, observadas desde el punto de vista de los hijos, estarán lógicamente relacionadas con el sistema de valores que estos últimos tengan, así como con su percepción sobre la manera en que sus padres transmiten los valores que consideran oportunos. Como ya hemos señalado anteriormente, podemos afirmar dos cosas: por un lado, el sistema de valores de padres e hijos, en líneas generales, coincide; por otro lado, los hijos parecen percibir correctamente los valores que sus padres pretenden transmitirles. Las únicas diferencias percibidas, también señaladas en su momento, residen en el hecho de que los hijos conceden algo menos de importancia a los valores altruistas (hacer cosas para mejorar el entorno o preocuparse por lo que ocurre en otros lugares del mundo) y un poco más a los presentistas (vivir al día, disponer de tiempo libre, estar guapo).

Respecto a los valores centrados en las normas y el deber ser, las opiniones de padres e hijos son muy similares: en ambos casos, la inmensa mayoría se decanta

**PORCENTAJES DE PADRES E HIJOS
QUE JUSTIFICAN DETERMINADOS COMPORTAMIENTOS**

JUSTIFICACIÓN DE...	% PADRES	% HIJOS
Que se aplique la eutanasia a todo aquel que lo pida	55.4	59.2
Que exista libertad total para abortar	54.0	58.2
Aplicar la pena de muerte a personas con delitos muy graves	27.0	27.0
Beneficiarse de una promoción profesional jugando con ventaja	25.7	39.0
Tener aventuras sexuales fuera del matrimonio	15.8	29.3
Fumar marihuana o hachís en lugares públicos	9.6	30.7
Comprar algo aún sospechando que ha sido robado	5.8	23.3
Conducir bajo la influencia del alcohol	4.3	9.1
Contratar en peores condiciones laborales a un extranjero por serlo	3.9	4.5
Enfrentarse violentamente a agentes de policía	1.0	6.9

por un modelo normativo de valores (llevar una vida moral y digna, tener buenas relaciones familiares, obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional).

Como ocurre con sus padres, los hijos tampoco muestran excesivo entusiasmo, aunque sí lógicamente mayor que el de sus progenitores, por los valores que tienden a buscar nuevas y cambiantes sensaciones (aunque socialmente se tienda a creer lo contrario); también, como sus padres, justifican o toleran mucho más los comportamientos privados (eutanasia, aborto) que los que implican cierto daño público, sobre todo si éste es de carácter violento. Sólo se apunta una tendencia que muestra cierta diferencia generacional: los hijos son más justificativos o permisivos que sus padres, algo que responde a la tradicional idea que dice que, con la edad, las personas se hacen más rígidas⁶. En cualquier caso, las diferencias son bastante pequeñas, sólo significativas respecto a los comportamientos que no resultan socialmente relevantes.

En definitiva, estamos en condiciones de afirmar que, en términos globales, no existe una subcultura juvenil en lo relativo a los valores, pues los hijos manejan los mismos valores que las generaciones precedentes, sólo matizados en aquellos puntos que hacen referencia a comportamientos típicamente juveniles (relativos a actividades relacionadas con los estudios o con ciertos consumos, por ejemplo).

6. Esta cuestión abre diversos interrogantes: la mayor tolerancia que se encuentra en jóvenes ¿es producto de una postura de respeto hacia lo diferente?, ¿es signo de una laxitud moral que hace que "todo valga"?, ¿se trata de tolerancia o de "pasotismo"?, ¿la opinión diferente, se respeta o no interesa?

4

UN INTENTO DE TIPOLOGÍA

A partir de todas las cuestiones consideradas a lo largo del presente informe, y con la ayuda de los procesos estadísticos que nos ayudan a organizar las respuestas de los padres e hijos entrevistados, estamos en disposición de ofrecer una clasificación de los modelos familiares predominantes en España. Pero antes de entrar en la tipología concreta de familias, repetiremos las cuatro tendencias que condensan perfectamente las posturas de los padres frente a muchas de las cuestiones que rodean a la familia (organización, funciones, comunicación, problemas), así como las vivencias que ocasiona el enfrentamiento con esas cuestiones.

En primer lugar podemos hablar de un grupo de padres que, siendo minoritario, resulta representativo de muchos de los problemas que afectan a la familia contemporánea. Es el grupo aglutinado alrededor de lo que llamábamos **Desbordamiento y resignación**: padres y madres que aceptan pasivamente la incapacidad para controlar y manejar unos problemas de convivencia familiar que se les han ido de las manos; representan un clima familiar deteriorado y conflictivo (aunque niegan muchos de los conflictos para no tener que enfrentarse a ellos), en el que los padres parecen tener menores recursos formativos y culturales y en el que, en líneas generales, se desconfia del papel socializador de la familia.

Otra postura, la de **Impotencia y hartazgo**, sirve para identificar a los padres que sienten vivir en un clima familiar muy deteriorado y que derivan muchas de las responsabilidades de la educación y socialización de los hijos a instancias externas a la familia (escuela, medios de comunicación, Estado). Ante esta situación, tienden a reaccionar a partir de un distanciamiento que les aleje protectoramente de los posibles conflictos, mostrándose, al mismo tiempo, indignados ante cualquier comentario relativo a ese alejamiento⁷.

7. Obviamente no estamos haciendo un juicio de valor calificador de conductas. El alejamiento de estos padres de sus responsabilidades, su tendencia a delegar y la virulencia de sus reacciones cuando se cuestiona este mecanismo, no son más que funciones defensivas, social y personalmente condicionadas, que nos parecen evidentes desde la pura observación de los fenómenos y como tales las describimos. Ante la angustia se produce un alejamiento y un desplazamiento de lo que la provoca; cuando algo se opone a ese mecanismo (por ejemplo, el hacerlo consciente), la reacción tiende a ser contundente y violenta. Esto es lo que decimos, al margen de cualquier valoración (mucho menos, valoración moral).

Una tercera postura, representada esencialmente por las madres, es la de **Soledad**: mujeres que se sienten solas ante las responsabilidades que implica la educación y cuidado de sus hijos, y que reprochan a su pareja el que no se comprometa más con ello. Destaca la representación de este colectivo en los entornos rurales, y entre quienes disponen de menores recursos económicos y culturales.

Pese a estas tres posturas, que representan el lado más conflictivo y amargo de la familia, no podemos dejar de señalar que, en lo que se refiere a la gran mayoría de las familias españolas, éstas se autoposicionan en definiciones de **Capacidad y satisfacción**. Cuando menos, así lo hacen los padres. La gran mayoría de éstos afirma tener una buenas o muy buenas relaciones familiares, con un clima de comunicación adecuado y una

De toda la complejidad que define cada uno de los tipos, señalamos unas características básicas. Simplificando al máximo podríamos decir que la "familia familista" representa al modelo tradicional, más próximo al estereotipo ideal, con el añadido de una cierta distancia de las cuestiones ajenas a la propia familia; el modelo "familia conflictiva" se definiría especialmente por los problemas que se dan; la "familia adaptativa" representaría los modelos emergentes, nuevos, de familias, y sus actitudes para encontrar un espacio propio; la "familia nominal" integraría a aquellas que se caracterizan por su esfuerzo para mantener la imagen formal de familia, muchas veces con descuido o negación de los problemas que las cuestionan.

más que aceptable capacidad para resolver los problemas de convivencia. En líneas generales, y aunque en ocasiones puntuales los padres puedan reconocer sentirse cercanos a algunas de las cuestiones que señalan los tres grupos enunciados anteriormente, podemos afirmar que, en la versión paterna, la inmensa mayoría de las familias españolas se sienten satisfechas con cómo son y cómo funcionan. Cuántas de las respuestas y argumentos responden al deber ser (proyectar lo que se supone que debe ser una familia, aunque lo que verdaderamente es difiera en algunos aspectos) es algo que no es fácil percibir (en este sentido, la combinación de las técnicas cuantitativa y cualitativa nos aporta los matices necesarios para acercarnos a esta realidad, matices apuntados a lo largo del presente informe).

Más allá de estas consideraciones sobre las vivencias de los padres, podemos desarrollar los cuatro tipos de familias que, en función del conjunto de resultados de la investigación, bien pudieran representar una certera panorámica de la diferente tipología de familias españolas. Resulta necesario aclarar que esta tipología, que pretende distinguir, dentro del total de la población considerada, diferentes grupos en función de unas características sobre las que se investiga, no es la única posible. Todo dependerá de la información con que se trabaje y de las variables clasificatorias que se consideren. En nuestro caso se han considerado

las respuestas de los padres (aunque el análisis también incluye respuestas de los hijos), fundamentalmente sobre la organización y las relaciones en el seno de la familia, las causas de los conflictos, y la postura respecto a una serie de valores finalistas. A continuación presentamos la tipología resultante.

Familia familista/endogámica (23.7% de las familias de nuestra muestra)

Desde la perspectiva más tradicional, éste sería el modelo que encajaría perfectamente en la definición de lo que debe ser una familia: núcleo unido, con buenas relaciones, en el que las responsabilidades de cada cual están claramente definidas, donde se valora

mucho el hacer cosas juntos, y con capacidad para adaptarse a las diversas circunstancias a las que se enfrenta la vida familiar. Modelo de familia sustentado sobre principios que podríamos denominar ortodoxos: los padres valoran especialmente “llevar una vida moral y digna”, “obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional”, y piensan que es importante “ganar dinero”⁸; también afirman tener en cuenta las decisiones de los hijos a la hora de tomar decisiones.

Mientras tales principios justifican que nos refiramos a ella como *familista*, otras posiciones provocan que empleemos la expresión *endogámica*. Estas familias, aunque no rehuyen las relaciones externas no las buscan especialmente, pues parecen estar más a gusto en el seno de su propia familia, donde encuentran lo que necesitan; además, en comparación con otros grupos, se preocupan menos por lo que pasa en el mundo o en el propio barrio o comunidad. Familia, por tanto, centrada en sí misma,

FAMILIA FAMILISTA, ENDOGÁMICA (23.7%)

Núcleo familiar unido, con buenos modales

Familia cerrada en sí misma

Altos niveles de socialización familiar

autosuficiente, que consigue crear un clima cálido y agradable entre sus miembros, que vive hasta cierto punto de espaldas a lo que la rodea; parecería que, sintiéndose cómodos en su propio ámbito, los integrantes de estas familias presentan una cierta tendencia a encerrarse en los límites de su propia zona de bienestar. Como puede suponerse, sus miembros consideran a esta familia como el principal agente socializador.

La relación entre padres e hijos es buena, y los hijos parecen estar en sintonía con la mayoría de los valores defendidos por sus padres. Entre los padres priman los sentimientos de capacidad y satisfacción frente a la educación de sus hijos, los cuales responden a lo que esperan de ellos. Además, entre los cónyuges existe un buen clima de colaboración en las tareas relativas a la educación de sus hijos. En el resto de perfiles no destacan especialmente con respecto a la media general.

Familia conflictiva (15% de las familias de la muestra)

Caracterizada por las malas relaciones entre sus miembros y por los constantes conflictos que se viven en su seno y con los hijos (por consumos de drogas, cuestiones relacionadas con el sexo, amistades, relaciones con los hermanos...). La comunicación entre padres e hijos es muy mala, algo que puede tener parte de su explicación en el hecho de que los padres no valoran casi nada los valores considerados como juveniles (vivir al día, estética, importancia del ocio). Esto deriva en que los padres no tengan en cuenta la opinión de sus hijos (por lo menos, la tienen menos en cuenta que otros).

8. Resulta importante constatar que el valor “ganar dinero”, en otros momentos relegado o al menos oculto, cuya explicitación todavía provoca pudor en algunos grupos, ha pasado a estar plenamente integrado en los valores normativos de nuestra sociedad.

Son familias en las que no hay dudas sobre quién manda en casa, y en las que las normas y reglas fijas no son discutibles, algo que puede denotar una cierta falta de flexibilidad en las relaciones entre los miembros. Sin embargo, discuten muy poco por cuestiones relacionadas con política y religión, probablemente por dos motivos: desinterés, o clima poco propicio para que se entable el diálogo entre padres e hijos.

FAMILIA CONFLICTIVA (15.0%)

Malas relaciones y conflictos

Mala comunicación y distancia padres/hijos

Normas rígidas, con las que se choca continuamente

Parece bastante probable que buena parte de las causas que propician que la situación de estas familias sea la que es, tengan su origen en los propios padres: de valores muy distintos a los de sus hijos, con una concepción muy rígida de la

familia y con un reparto de roles muy severo y determinado. Esto puede ocasionar que, ante determinados comportamientos de los hijos (comportamientos que pueden ser comunes a hijos de otras familias), la fortaleza y severidad de los valores de los padres propicie que el conflicto sea mayor que el que se produciría en otro clima familiar, sin que los mismos padres tengan la capacidad de negociación o la flexibilidad necesarias para minimizar la virulencia de los conflictos o buscar soluciones adaptables.

Destaca el hecho de que, en esta familia, la representación de hijos varones (y de los conflictos referidos a hijos varones) sea superior a la media poblacional, y de que los padres sean quienes, en medida superior al resto de padres, piden mayor control policial sobre determinadas actividades que pudieran estar relacionadas con sus hijos, al tiempo que apuestan menos que el resto por invertir más en recursos educativos; es como si, a partir de su propia experiencia, desconfiaran de la posibilidad de cambiar las cosas desde el acompañamiento dialogante, y aspiraran a un reforzamiento de la autoridad por medios coercitivos. Además, existen importantes distancias entre los valores que los padres creen que deben transmitir a los hijos, y la percepción de éstos sobre las preferencias de los padres al respecto, especialmente en lo que se refiere a la obediencia (los hijos creen que sus padres conceden mucha más importancia a este valor de la que éstos confiesan), la tolerancia y el respeto (ocurre lo contrario que en el caso anterior: los hijos sienten que sus padres subrayan estos valores menos de lo que dicen hacerlo⁹).

Los padres de la *Familia conflictiva* son los que experimentan, en proporciones muy superiores al resto, sensaciones de impotencia y hartazgo frente a la familia y los hijos (no de desbordamiento, sino de hartazgo). También en mayores proporciones que el resto de familias piensan que no volverían a tener hijos si pudieran, y quieren que sus

9. Probablemente, aunque con esto no se agote la explicación de las diferentes percepciones de padres e hijos, estamos ante uno de esos casos en que los encuestados responden de acuerdo con el ideal (que también sirve para autojustificarse) y en lo que una mirada ajena pone de manifiesto la manipulación.

hijos se vayan de casa porque no soportan más los conflictos que ocasionan. También, entre ellos, son importantes las proporciones de los padres que piensan que la educación que recibieron no les permite educar adecuadamente a sus hijos.

Por su parte, los hijos de la *Familia conflictiva* son los que peor se llevan con sus hermanos; los que, en mayor proporción, se sitúan “entre los últimos de la clase”, y los que en menor grado dicen estar contentos con la vida que llevan.

Familia nominal (42.9% de las familias del estudio)

Es el tipo que agruparía a más familias españolas, lo que hace que las características de éstas se sitúen prácticamente en la media poblacional, y que el modelo que representan se defina más por lo que no es (o es en menor medida que en el resto de grupos) que por lo que es. Sólo hay un elemento en el que este tipo destaca por encima del resto de grupos: al decantarse por lo que consideran más importante en la vida, los padres de la *Familia nominal* apuntan, en proporciones positivas y superiores al resto, “vivir al día sin pensar en el mañana”, “invertir tiempo y dinero en estar guapo/a” y “disponer de mucho tiempo libre y ocio”. Para el resto de asuntos, la práctica ausencia de elementos determinantes es el dato más reseñable.

Prototipo de familia en la que predomina un afán de coexistencia pacífica, los problemas en la relación con los hijos son vistos sin excesiva preocupación por los padres, que consideran que son cosas normales que ocurren cuando los hijos son adolescentes (cuando crezcan, ya madurarán, parecen decir). La asunción de esta situación propicia que las discusiones en el seno de esta familia sean escasas y que la relación con los hijos se defina como buena (ni muy buena, ni mala). Además, padres e hijos muestran sintonía en sus respuestas y valoraciones sobre esta cuestión.

Cabe destacar que, entre los padres de este modelo familiar, la más clara demanda respecto a los elementos que podrían ayudar a la educación de los hijos está referida a la propia pareja (que debería implicarse más o hacerlo mejor), a pesar de lo cual consideran que sus relaciones con esta pareja son buenas o muy buenas. Fuera de la familia, las mayores exigencias se dirigen a los profesores, para que desarrollen mejor su labor educativa.

Estas cuestiones coinciden con el hecho de que los padres encuadrados en este modelo familiar dicen sentirse frecuentemente desbordados y resignados con los problemas de su familia, especialmente con los relacionados con sus hijos, que invaden su vida y muestran exigencias económicas sin límites. Sin embargo, y en la línea de lo apuntado anteriormente, los padres asumen normalmente esos conflictos con los hijos, por lo que no consideran que existan especiales

FAMILIA NOMINAL (42.9%)

Coexistencia pacífica y negación de conflictos

Sintonía en actitudes y valores entre padres e hijos

Socialización externa

problemas de convivencia (no hay problemas, porque es normal que la convivencia en una familia sea así y esto, en parte se minimiza y en parte se acepta resignadamente).

Padres e hijos de la *Familia nominal* sitúan a los amigos como el espacio donde se dicen las cosas más importantes de la vida (socialización informal, por tanto), lo cual no impide que la sintonía entre los que los padres quieren transmitir y lo que los hijos perciben sea muy alta: no hay ruptura generacional.

En definitiva, se trata de unas familias en las que el interés básico no estaría centrado en el crecimiento de sus miembros sino en el mantenimiento de una convivencia tranquila, cuando no en el mantenimiento de una apariencia de tranquilidad. Parece que lo que prima es la ausencia de compromiso, acaso como muestra de rechazo, o miedo, a ese compromiso. Para mantener ese *statu quo*, se desvalorizan las situaciones de conflicto o se niegan éstas, otorgándoles la categoría de "normal inevitable" (las cosas son así).

No es extraño que, en estas circunstancias, se produzca una delegación de responsabilidades, a la pareja o a los maestros, ni que se adivine una tendencia a subrayar los intereses del presente concreto, con olvido de las inquietudes relacionadas con la construcción del futuro. Al final parece que estas actitudes han contaminado el clima familiar global, determinando un acuerdo básico entre padres e hijos, que parecen pensar lo mismo. Paradójicamente, una familia que en cierta medida niega su capacidad de socialización, ha socializado claramente a los hijos, pero en un tono de descompromiso.

Familia adaptativa (18.4% de las familias de la muestra)

Este modelo parecería integrar a los nuevos, nacientes y diversos modelos familiares, emergentes, que reflejan los nuevos problemas a los que se enfrentan las familias. Se caracteriza por una constante búsqueda de adaptación a las cambiantes condiciones sociales, a los nuevos roles de hombres y mujeres y al creciente protagonismo y libertad de los hijos (hijos que se independizan más tarde, pero que reclaman su cuota de autonomía y libertad al tiempo que no renuncian a que el hogar familiar sea su hogar).

Modelo que revisa constantemente las responsabilidades de cada uno, por lo que las normas y las acciones familiares cambian frecuentemente. Las opiniones de los hijos son tenidas en cuenta y la comunicación entre los miembros es adecuada, pero eso no evita las discrepancias por las decisiones tomadas en el seno de la familia, y los conflictos (por horarios, por colaboración en tareas de la casa...) son frecuentes aunque se entienden y sobrellevan. El clima en esta familia es algo más tenso que en la media poblacional, y se dan algunas situaciones complicadas derivadas, probablemente, de lo poco asentado de este modelo familiar.

Valoran y defienden la unidad familiar, aunque no como institución cerrada en sí misma, sino abierta a los demás y a lo que sucede alrededor, cerca o lejos. Es, en definitiva, una familia que, sin infravalorar en absoluto su propia importancia, no cree que el mundo se acabe en las relaciones familiares y está en constante adaptación y adecuación a una realidad social que sigue con atención.

Cabe destacar que los padres de la *Familia adaptativa* tienen el más elevado nivel sociocultural, piden más y mejores recursos para el ocio y el tiempo libre y para el sistema educativo, así como más ayudas fiscales para la familia. Sitúan, en

mayor medida que el resto, a los centros educativos como los lugares donde se dicen las cosas más importantes, y destacan en la defensa de valores como la solidaridad, la tolerancia, el respeto, la honradez y la lealtad.

Esos mismos padres tienen la sensación de manejar bien los conflictos de convivencia con sus hijos (son bajas las proporciones de quienes declaran sentimientos de desbordamiento y hartazgo), aunque no reconocen que éstos (los hijos) sean como ellos han querido educarles: quizás tampoco aspiren a ello.

Se trata por tanto de un modelo familiar, que acaso integre diferentes modelos emergentes, aún en construcción, que parece estar viviendo todas las tensiones de ir conformando una manera nueva de hacer familia (con todas las dificultades pero también con el compromiso propios del caso).

FAMILIA ADAPTATIVA (18.4%)

Integra nuevos modelos familiares

Buena comunicación, también conflictos, entre padres e hijos

Familia abierta a lo exterior

LA REALIDAD DE LOS CONFLICTOS

5

En un momento de la investigación sobre la que se basa este informe, padres, madres e hijos fueron interrogados sobre los elementos que estaban debajo de algún malestar, de un enfrentamiento en el seno de la familia, o de cualquier modo de alteración del normal funcionamiento de ésta: los conflictos.

A primera vista, cabe destacar dos hallazgos. En primer lugar, la mayoría de los teóricos temas de controversia propuestos no suponen grandes o frecuentes conflictos en la familia. En segundo lugar, tanto padres y madres como hijos coinciden, en líneas generales, en la valoración de tales posibles conflictos, con pequeños matices que señalaremos.

Sólo agrupando las categorías “con frecuencia”, “casi siempre o siempre”, conseguimos algunos resultados reseñables, y aún así éstos son bastante bajos. Para los padres, sólo los conflictos relacionados con la ausencia de colaboración en el trabajo doméstico superan el 30% (el 31,6% de los padres señala que este tipo de problemas se producen en su familia con bastante o mucha frecuencia); a éstos les siguen los relacionados con los estudios (26%), la hora de llegada a casa por la noche (19%), el hecho de que los hijos se levanten de la cama cuando les apetece (17%) y el dinero (14%). El resto (relación con los hermanos, consumo de alcohol, amistades, consumo de otras drogas, relaciones sexuales, diferencias políticas o religiosas) no alcanzan, en ningún caso, el 10% de presencia frecuente o habitual.

Ante estos resultados, no cabe más que reconocer un panorama de familias en las que sus miembros se muestran de acuerdo (cuando menos, no en desacuerdo que suponga problema) respecto a la gran mayoría de las

EL DISCURSO DE LOS CONFLICTOS

EN GENERAL, LAS FAMILIAS RECONOCEN POCOS CONFLICTOS

LOS PADRES SUBRAYAN LOS CONFLICTOS DOMÉSTICOS

(orden, dinero, horarios)

LOS HIJOS SUBRAYAN LOS CONFLICTOS “EXTERNOS”

(sexo, amigos, consumo de alcohol y drogas)

LOS PADRES PARECEN DAR LA ESPALDA A LO QUE SUCEDE FUERA,
Y SUBRAYAN LO DE DENTRO DE LA CASA

(La hora de llegar a casa preocupa porque interfiere en lo doméstico, no tanto por lo que se haga fuera)



cuestiones planteadas. Destaca que prácticamente el 70% de padres e hijos se muestran conformes con la manera como se produce la colaboración en el trabajo doméstico en la casa. También es interesante observar cómo, a pesar de la convicción existente a nivel social sobre el problema que supone el tipo de actividades que los jóvenes realizan durante su tiempo de ocio de fin de semana, así como respecto al alargamiento de la noche de esos jóvenes, la traducción de esas cuestiones en conflictos a nivel familiar (reflejada, por ejemplo, a través del consumo de alcohol u otras drogas, o en las horas de levantarse) es muy pequeña.

Tampoco existen diferencias en la valoración que sobre estos temas hacen padres y madres; cuando menos, no son diferencias estadísticamente significativas. Salvo en una cuestión: hay más madres que padres (12% frente a 7%) que dicen que en su familia se producen conflictos relativos a las relaciones entre hermanos o con el resto de la familia¹⁰.

La visión del conjunto de hijos e hijas es prácticamente idéntica a la de los padres. El sentido de las respuestas es el mismo (la escasa existencia de conflictos en su familia) y sólo presentan matices referidos al orden en que se consideran tales conflictos. Así, para los hijos son los estudios el asunto que más problemas suscita (casi la cuarta parte considera que en su familia existen, con frecuencia o siempre, conflictos relacionados con los estudios), seguidos por porcentajes muy similares de enfrentamientos genera-

10. Acaso la madre, ya lo decíamos, más cargada con la responsabilidad de la comunicación afectiva, sea más sensible a problemas que afectan directamente a ésta. O quizás se trate de un efecto a partir del distanciamiento, que también mencionábamos, de los padres.

dos por las cuestiones relativas a la colaboración en las labores domésticas. A continuación se sitúan la hora de llegada a casa (19% de casos conflictivos), la hora de levantarse de la cama (15%), el dinero (15%) y las relaciones con los hermanos y el resto de la familia (14%). El resto de situaciones potencialmente problemáticas presentan porcentajes de presencia inferiores al 10%.

Respecto a algunas cuestiones concretas, son más los padres que señalan conflictos relacionados con la organización del trabajo doméstico y con el hecho de que los hijos se levanten de la cama cuando quieren, mientras son mayores las proporciones de hijos que afirman tener conflictos relativos al trato entre hermanos, al consumo de drogas y a las relaciones sexuales. Los porcentajes son muy similares cuando, padres e hijos, hablan de discrepancias asociadas a los estudios, a la hora de llegar a casa por la noche y al dinero. Quizás convenga subrayar que la enfatización que hacen los padres de los problemas "domésticos", fácilmente observables, en contraposición al subrayado de los hijos de los conflictos más situados en la esfera de lo personal (relaciones fraternas, sexo, drogas...), tanto pueden ser interpretados como producto de diferentes percepciones¹¹ que como derivadas de un cierto problema de comunicación (los padres serían ajenos a los conflictos "íntimos" de los hijos). Otra nota a añadir sería lo exiguo del porcentaje de conflictos derivados de discrepancias ideológicas (políticas o religiosas). Quizás haya que entender que existe un consenso pleno entre padres e hijos en estas cuestiones; más bien, nos tememos, de lo que se trata es de desinterés de todos por estos asuntos (dato ya apuntado en otras investigaciones¹²).

A partir de estos resultados, podemos establecer tres grandes grupos entre los principales conflictos que se producen en el seno de las familias. Cabe destacar que las coincidencias entre las valoraciones de padres e hijos provocan que estos grupos sean idénticos en ambos casos.

En primer lugar encontramos los conflictos relativos a la organización y las relaciones domésticas: cuestiones de relación y comportamiento dentro del seno de la familia, así como de cumplimiento de las normas establecidas en la misma; cuestiones como la colaboración en las tareas del hogar, la hora de levantarse de la cama, el dinero, los estudios, la hora de llegar a casa por la noche y la relación con los hermanos u otros miembros de la familia. En segundo lugar, tenemos los referidos a relaciones y comportamientos externos, que incluyen los consumos de alcohol y otras drogas, las relaciones sexuales y las amistades de los hijos. Es decir, conflictos relativos a cuestiones relacionales y de comportamiento que se producen fuera del núcleo familiar (aunque, de uno u otro modo, incidan en él). Finalmente está el grupo de conflictos relativos a las ideas y creencias, que incluye discrepancias relativas a ideas políticas o creencias religiosas.

Aún considerando los conflictos que conforman cada uno de los grupos sólo con que se produzcan en alguna ocasión (es decir, que se produzcan alguna vez, con frecuen-

11. Aunque, según el estereotipo social, las sensibilidades más bien deberían ir en el sentido contrario: se supone a los padres especialmente alertados por los problemas relativos al sexo, al alcohol o a las drogas.

12. Megías, E. (dir.) et al. (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD.

cia, casi siempre o siempre), únicamente los relativos a cuestiones de organización y relaciones domésticas alcanzarían porcentajes verdaderamente significativos: casi un 40%. Por su parte, los relacionados con comportamientos externos se situarían en torno al 9% y los referidos a ideas y creencias no llegarían al 4%. La coincidencia entre los porcentajes de padres e hijos es casi absoluta.

La consideración de las variables sociodemográficas no aporta tendencias reseñables, y entre padres e hijos sólo existe una diferencia digna de mención: mientras los hijos presentan, para los tres grupos de problemas considerados, mayor porcentaje de conflictos en los casos en los que las relaciones entre los miembros de la familia son malas, para los padres sólo se cumple esto respecto al grupo de los conflictos relacionados con la organización y tareas domésticas (es decir, el resto de conflictos son tan escasos, según la consideración de padres y madres, que se dan en similares proporciones tanto en los casos en los que los miembros de la familia se llevan bien como en los que se llevan mal).

En lo que respecta a posibles diferencias entre padres y madres, sólo cabe apuntar una tendencia: los conflictos domésticos son percibidos en mayor proporción por las madres. No puede tratarse de un fenómeno ajeno a lo ya apuntado respecto a cómo las madres siguen cargando con la mayor parte de las responsabilidades domésticas.

Resulta interesante comprobar cómo los discursos de padres y madres refuerzan y matizan algunas de las respuestas que dan en los cuestionarios. En primer lugar, porque al hablar de conflictos se refieren, casi exclusivamente, a los relacionados con cuestiones de organización y colaboración en tareas domésticas o, en cualquier caso, con asuntos relativos al funcionamiento interno de la familia. Es decir, con las cuestiones que incluíamos en el primer grupo de conflictos, que era el único de los tres que presentaba porcentajes realmente relevantes, y que además es el único en que padres y madres presentan posturas más críticas y preocupadas que los hijos. Los principales conflictos incluidos en este grupo se ejemplifican en tres casos concretos: el dinero, los horarios y la colaboración en las tareas domésticas.

El tema del dinero tiene dos vertientes: el dinero que cuestan los hijos (todo lo relativo a su manutención, educación y cuidado) y el dinero que piden los hijos. Si bien el primero puede constituirse en un problema en función de los recursos de cada familia, el segundo es el que verdaderamente se presenta como fuente de conflictos. Los padres interpretan desde la preocupación las demandas de los hijos relativas a la ropa, el calzado y otros muchos accesorios de marca, y esto se analiza desde dos planos cuyo equilibrio ocasiona gran parte de los conflictos relacionados con el dinero. Por un lado, padres y madres no quieren ceder a las presiones de grupo que ocasionan esas demandas de los hijos, pues hacerlo supondría caer en comportamientos excesivamente flexibles y sobreprotectores que pueden dar lugar a hijos caprichosos y débiles. Por otro lado, tampoco quieren privar a sus hijos de las cosas que tienen el resto de jóvenes de su edad, pues ello podría dificultar, de alguna manera, su integración en el grupo de iguales, y con ello ocasionarles verdaderos traumas. Encontrar el equilibrio entre ambos extremos (algo que hace referencia directa a todo lo relatado respecto a la autoridad y la permisividad), y dotar a sus hijos de las armas necesarias para combatir la mencionada presión grupal, será motivo de preocupación por parte de los padres.

Los conflictos relativos a los horarios, principalmente los que se refieren a la hora de llegada a casa en las noches de los fines de semana, presentan un matiz muy interesante. A partir de lo relatado por padres y madres, parece claro que tales conflictos no se producen tanto por el tipo de cosas que pueden hacer fuera de casa, algo que parece no preocupar tanto a los padres, sino por las repercusiones que esto tiene en su comportamiento dentro de la casa: levantarse tarde y no atender las tareas domésticas, principalmente. Una vez más, el discurso grupal refuerza los datos de la encuesta, por cuanto comprobamos que ocasionan mayores discrepancias las cuestiones relativas a asuntos internos a la familia que las referidas a cuestiones externas (o que ocurren fuera de los límites del hogar familiar).

En lo que se refiere a los conflictos relativos a la falta de colaboración de los hijos en las tareas domésticas, existe un asunto que prácticamente monopoliza el tema: el orden (más bien la ausencia de él: el desorden). Si bien, en muchas ocasiones, los padres llegan a asumir la escasa participación de los hijos en las tareas domésticas comunes (incluso autoculpabilizándose por su actitud excesivamente permisiva), lo que verdaderamente llevan mal padres y madres (especialmente las madres) es que, con su comportamiento, perjudiquen el trabajo de otra persona, que no suele ser otra que la propia madre. Simplificando el tema, podríamos decir que la idea de los padres podría resumirse, en la práctica, así: "no puedo hacer nada para que en su habitación sea más ordenado, pero, por lo menos, que no traslade su desorden al resto de la casa".

Para acercarnos a los conflictos desde otro punto de vista, consideramos apropiado, en vista de las posibilidades que nos ofrecía el tipo de información de que disponíamos, acercarnos a aquellas situaciones en las que la unidad familiar discrepa. Es decir, cuando los padres (padre y madre) y sus propios hijos o hijas muestran desacuerdo respecto a algún tema en concreto. El planteamiento descansa en la hipótesis (a contrastar a partir de los resultados) de que mayores proporciones de discrepancias en el núcleo familiar originarán, probablemente, mayor cantidad de conflictos.

En las cuestiones relativas a la organización y las funciones de la familia, los asuntos respecto a los que se produce un mayor nivel de discrepancia entre los padres y sus hijos (que, por otro lado, coinciden con las discrepancias que se dan entre el conjunto de padres y el conjunto de hijos) son los relativos a las consideraciones de ser una familia en la que todos están muy unidos y participan, y en la que las opiniones de los hijos son tenidas en cuenta en todo momento. Así, los hijos no están de acuerdo con la visión excesivamente optimista o benévola de sus padres, ni con los aspectos más endogámicos de esa visión (familia que tiene todo en sí misma y no necesita nada que no encuentre en ella). El promedio de desacuerdos en estas cuestiones entre los padres y sus hijos es de un 39%.

Destaca en las discrepancias referidas a aspectos relacionados con la comunicación en el seno de la familia (43% de discrepancias en términos generales entre los padres y sus propios hijos) que éstas son mayores respecto al padre que respecto a la madre (los hijos/as muestran algo más de siete puntos porcentuales más de discrepancia con sus padres que con sus madres). Los aspectos en que inciden estas discrepancias hacen referencia a la incomunicación, la ausencia de confianza y las malas relaciones explícitas

entre padres e hijos, en el siguiente sentido: los padres suelen ser más pesimistas frente a todas las cuestiones derivadas de los tres elementos mencionados, adoptando una cierta situación de queja continua.

En la propia percepción de los conflictos también existen discrepancias dentro de las propias familias: un 26% de promedio. Las más destacadas hacen referencia a la convivencia familiar, los estudios, el dinero, las tareas domésticas y los horarios de llegada a casa. Consecuentemente con lo ya expresado anteriormente, los padres enfatizan los conflictos domésticos, mientras los hijos hacen lo propio con los externos a la familia (drogas, alcohol, sexo...).

En función de los tipos de familias que planteamos en el capítulo anterior, las discrepancias serán mayores o menores, y se producirán respecto a cuestiones diversas. En líneas generales, la *Familia conflictiva* será la que presente mayor grado de discrepancias, seguida de la *Nominal*, la *Adaptativa* y, por último, de la *Familia familista/endogámica*. Esta ordenación en la gradación de las discrepancias se cumple tanto para los asuntos relacionados con la organización y funciones de la familia como para los relativos a la comunicación en el seno de la misma. Pero en la percepción de los conflictos observamos una alteración del orden que conviene señalar: en este caso es la *Familia adaptativa* la que presenta menores proporciones de discrepancias. La explicación podría residir en el hecho de que la manera en que se buscan y acuerdan las soluciones en las *Familias adaptativas* pueda aproximar la forma en que unos y otros (padres e hijos) perciben los problemas, algo que reducirá la posibilidad de que se originen discrepancias en torno a esa visión.

A la luz de estos resultados, correlacionándolos con la presencia real de conflictos en los hijos (que éstos mismos señalan), comprobamos que existe un 52% de relaciones de probabilidad positivas de que se den problemas en los hijos cuando se dan discrepancias en el seno de la familia sobre cómo (los padres y sus hijos) ven las cuestiones de organización, comunicación y conflictos. Es decir, existen algo más de la mitad de posibilidades de que se produzca un conflicto en una familia cuyos miembros discrepan en cuestiones referidas a las mencionadas, en relación con lo que ocurriría si no se dieran esas discrepancias. Por ello, podemos concluir que se confirma la hipótesis de que las discrepancias entre padres e hijos en cuestiones referidas a la familia (si comparamos esas discrepancias con las concordancias) aumentan la probabilidad de que se produzcan determinados conflictos (incluyendo entre éstos los consumos de alcohol y otras drogas).

Pero conviene señalar que no todas las discrepancias resultan igualmente arriesgadas. Respecto a las discrepancias relativas a la organización y comunicación de la familia, la posibilidad de que se produzcan conflictos será mayor cuando son los hijos los que se muestran de acuerdo con las valoraciones que reflejan el lado más negativo de la forma en que se produce esa organización familiar, o de la manera en que se establece la comunicación en el seno de su familia (o cuando se muestran en desacuerdo con las valoraciones más positivas). En relación con la percepción de los conflictos familiares, existirá mayor probabilidad de presentación de problemas cuando los hijos perciban dificultades que sus padres no ven (problemas externos: alcohol, drogas, sexo...), o cuando los padres señalen problemas que sus hijos no mencionan (problemas domésticos).

En definitiva, es la visión de los hijos la que, en la mayoría de los casos, determina el sentido de la discrepancia y la probabilidad de que ésta derive en un conflicto familiar. Así, no será tan malo el no estar de acuerdo como que el no estar de acuerdo se produzca porque los hijos nieguen una posición positiva de sus padres, o apunten una opinión negativa que sus padres no consideran. De igual forma, no resulta tan malo no estar de acuerdo en las soluciones a adoptar ante un conflicto, cuando las diferencias están determinadas por las vacilaciones y la indeterminación de cualquier búsqueda, como el hecho de que las diferencias se establezcan desde la rigidez y los posicionamientos inamovibles. Por eso el porcentaje de discrepancias que en la *Familia adaptativa* se correlacionan con conflictos reales es mucho menor (a pesar de que las discrepancias son más numerosas en esta familia) del que condiciona la misma correlación en la *Familia conflictiva* o en la *Nominal*. Unos criterios paternos claros y evidentes al tiempo que críticos y flexibles, aunque supongan un desacuerdo de los hijos, no implican mayor potencialidad de conflictos en éstos. Por el contrario, la falta de propuestas de los padres parece ser vivida por los hijos como la máxima prueba de abandono del rol educativo que les corresponde y deben desempeñar.

De ahí que, en las conclusiones de la publicación original de la que se ha extraído este resumen, terminaríamos diciendo:

“

...No todas las discrepancias son igualmente dañinas (al menos como posibilidad). Algunas parecen tener una clara potencialidad en ese sentido y otras son, más sencillamente, inocuas. Más graves las que se determinan por un idealismo paterno falseador (combinado con un desconocimiento de una parte conflictiva de la realidad) o por unas posturas filiales desesperanzadas. Inocuas, incluso probablemente positivas, las que se forman como algo inevitable en los esfuerzos de adaptación a una realidad siempre cambiante y para la que no hay soluciones inmutables establecidas.

De todo ello, que no quepa (ni como mal menor) la adopción por parte de los padres de posturas ausentes o no beligerantes (que es una expectativa que siempre se frustra: la falta de propuesta paterna es vivida por los hijos como una propuesta articulada, y muy rígida, además). Lo más positivo parece ser que los padres tengan sus criterios de actuación y su planteamiento de límites y horizontes; de forma clara y evidente, aunque crítica y flexible. Por ahí parece que se cumple más eficazmente el rol paterno y, por otro lado, por ahí parece que van las necesidades, y las demandas, de los hijos.”

6

RESUMIENDO

Aunque no tiene mucho sentido “resumir el resumen” y somos conscientes de que cualquier intento de seguir sintetizando el presente informe corre el riesgo de distorsionarlo seriamente, acaso con la única justificación de señalar diversos hitos de la lectura, pasamos a apuntar algunos elementos sobre los que discurre todo el discurso.

Los valores
La organización y funciones de la familia
La comunicación en la familia
Los conflictos
Una tipología de familias

Sobre los valores

- La familia y todo lo que representa sigue estando a la cabeza de los valores considerados más importantes por los españoles, jóvenes o adultos, padres o hijos. Ello, independientemente de cuál sea el modelo de familia.
- La capacidad socializadora de la familia es algo indiscutible para la inmensa mayoría de los españoles: en la familia se aprenden las cosas más importantes para enfrentarse a la vida y se ponen los cimientos sobre los que se construye cada individuo. Ahí reside su importancia.
- Los padres intentan transmitir a los hijos los valores que les permitan enfrentarse al difícil contexto social en el que viven. Valores fundamentalmente normativos y que, tras las buenas relaciones familiares, se centran en la adecuada preparación (cultural, profesional), la consecución del éxito social y ciertas dosis de altruismo y solidaridad ideal.
- Los hijos perciben correctamente los valores que sus padres intentan transmitirles, al tiempo que presentan un sistema de valores que, en líneas generales, coincide con el de éstos: priman los valores normativos, combinando una exigencia respecto a las actitudes públicas con una mayor tolerancia ante los comportamientos privados. Sólo se perciben algunos matices que diferencian a unos de otros: los hijos se decantan en mayor medida que los padres por valores presentistas y menos por los valores altruistas. Además, los hijos perciben que los padres, en la realidad, defienden valores más acomodaticios de lo que creen o manifiestan. En cualquier caso, creemos que no existe una subcultura juvenil en lo que a los valores se refiere.

Sobre la organización y funciones de la familia

- Padres e hijos, no sólo consideran que la unión del núcleo familiar es fundamental para que la familia desarrolle todas sus capacidades socializadoras y educativas, sino que además, mayoritariamente, afirman que, en el caso concreto de su familia, esa unión se da.
- Desde la perspectiva de los padres, todos los elementos referidos a la organización de la familia oscilan entre el plano de lo ideal, donde la mayor confianza con sus hijos les conduce a entablar con ellos relaciones de mayor libertad que propician una comunicación más franca y cercana, y el plano de lo real, en el que la pérdida de autoridad deriva en una excesiva permisividad con los hijos, que tienden a ser egoístas y desconsiderados.
- Si bien la pérdida de autoridad genera confusión e inquietud, pues los padres disponen de menos elementos para enfrentarse a sus hijos, la contrapartida (en forma de mayor confianza y cercanía) parece compensar tales pérdidas. En cualquier caso, la situación se vive desde la inseguridad.
- El reparto de roles en el seno de la familia sigue presentando a un padre que se encarga de las cuestiones relacionadas con la intendencia y la autoridad, mientras la madre se ocupa de todos los asuntos relacionados directamente con el cuidado de los hijos y la atención de la casa. Ante este panorama, tanto padres como madres deslizan sendos reproches: mientras ellas reprochan a ellos que, en muchas ocasiones, se evadan de sus responsabilidades de educación y cuidado de sus hijos, ellos reprochan a sus mujeres una actitud excesivamente permisiva y sobreprotectora.
- Por encima de todos los roles familiares destaca el imaginario social creado en torno a la madre abnegada: mujer capaz de hacer enormes sacrificios personales por sus hijos, que se desvive por su cuidado y que, precisamente por ello, tiende a caer en actitudes sobreprotectoras y permisivas que pueden ocasionar hijos excesivamente débiles y consentidos. Este planteamiento es el que conduce a que los padres afronten la figura de la madre abnegada entre la admiración y el reproche.
- De todos modos, es necesario recalcar que la sintonía entre padres y madres en lo que se refiere a las cuestiones de organización familiar es muy grande.
- Hay un asunto que a padres y madres les crea especial insatisfacción: el hecho de no pasar el suficiente tiempo con sus hijos. Frente a horarios laborales y escolares tan largos e incompatibles, la premisa de los padres, o eso dicen, será que el tiempo que se pase con sus hijos sea de "calidad", fundamentalmente centrado en la transmisión de valores.
- Ante la dificultad de llevar a cabo de la mejor manera posible todas las labores educativas que corresponden a la familia, los padres reclaman una mayor participación y ayuda de los agentes educativos externos a la familia, fundamentalmente de la escuela y, personalizando, de los maestros y profesores, a quienes se reclama un mayor desarrollo de su faceta educativa (frente a la formativa). También es cierto que los padres llegan a reconocer sus dosis de responsabilidad en el proceso por el cual los profesores han ido perdiendo, paulatinamente, autoridad.

- A pesar de todas las teóricas dificultades, la sintonía entre padres e hijos a la hora de abordar todas las cuestiones relativas a la organización de la familia es muy alta. Por señalar algunas diferencias, los hijos tienen una visión menos positiva que los padres, fundamentalmente en lo que se refiere al tiempo que pasan juntos los miembros de la familia y a la forma en que son tenidas en cuenta sus propias opiniones.
- Una idea atraviesa todo el discurso de los padres al hablar de la forma en que se enfrentan al funcionamiento de sus familias: la inseguridad y confusión que les ocasiona el no sentirse lo suficientemente preparados para desarrollar con éxito una labor que, por otra parte, ni se puede aprender ni presenta patrones a los que acogerse, razón por la cual se realiza desde la intuición y la buena voluntad.

Sobre la comunicación en la familia

- En líneas generales, padres e hijos consideran que la comunicación y las relaciones entre unos y otros son buenas, y que se manejan bien los problemas que surgen en el seno de la familia.
- Sin embargo, hasta el 40% de los padres se sienten desbordados a veces o con frecuencia por los problemas relativos a sus hijos.
- Las situaciones en las que padres y madres pueden sentirse desbordados, impotentes, resignados o hartos, suelen estar más referidas al periodo en que sus hijos son adolescentes, durante el cual la comunicación se hace especialmente complicada. En ese momento, la diferencia generacional parece agudizarse, los lenguajes de unos y otros se hacen incompatibles y los hijos tienden a encerrarse. La situación puede ser tan tensa que los padres llegan a sentir que son los “enemigos” de sus propios hijos. En cualquier caso, existe la expectativa de que tal situación finalice cuando los hijos crezcan y maduren, momento en el que se acercarán, esta vez sí, a sus padres.
- El hecho de que, durante largos periodos del desarrollo adolescente de los hijos, los padres sientan que entregan afecto y cariño de forma unidireccional, y no se sientan reconocidos en su labor como educadores (incluso, se sientan “maltratados” por sus hijos), ocasiona en ellos grandes dosis de insatisfacción, agudizadas en las familias en las que el clima familiar es malo.
- Padres y madres se muestran de acuerdo en las cuestiones relativas a la comunicación en el seno de la familia, si bien existe un punto de diferencia: son muchas más las madres que llegan a sentirse solas frente a la educación de sus hijos, idea que se refuerza al comprobar que son muchos más los padres que reconocen que su pareja se implica mucho en la mencionada tarea.
- Los hijos presentan una mayor sintonía con la madre, con la que se comunican más y mejor. Así, la madre se constituye en el eje sobre el que gira la comunicación familiar (para lo bueno y para lo malo: el mayor trato y la mayor cercanía también originará mayores conflictos cotidianos, frente a unos padres que se sitúan en la retaguardia).

- Los padres (hombres) creen que la comunicación con sus hijos es mejor de lo que éstos consideran, algo que no suele ocurrir con las madres.
- Existe una relación directa entre el clima de comunicación familiar y el rendimiento escolar y la consideración de la familia como núcleo socializador: cuanto mejor es la comunicación en el seno de la familia, mejor suele ser el rendimiento escolar de los hijos, y en mayor medida tiende a considerarse a la familia como el lugar donde se dicen las cosas más importantes de la vida.

Sobre los conflictos

- En líneas generales, las familias españolas no reconocen la existencia de grandes conflictos, y tanto padres como hijos tienden a analizar de igual manera los mismos.
- Si bien la valoración de los conflictos tiende a ser la misma, existen matices en cuanto a la manera en que son clasificados por orden de importancia: mientras los padres suelen señalar en mayor medida que los hijos aquellos conflictos relativos a cuestiones de organización y relaciones domésticas (colaboración en las tareas de casa, relación con los hermanos, hora de levantarse de la cama, dinero), los hijos señalan más conflictos relacionados con relaciones y comportamientos externos (estudios, amistades, consumos de alcohol u otras drogas, sexo, horarios de llegar a casa...). Para todos, la importancia que se concede a los conflictos derivados de ideas y creencias (religión, política...) es pequeña.
- Los discursos de padres y madres inciden especialmente sobre tres conflictos, y lo hacen de manera muy concreta: los ocasionados por el dinero (sobre todo en relación con lo que los hijos exigen, especialmente los artículos de marca que demandan como consecuencia de una fuerte presión grupal), los relativos a los horarios (curiosamente, lo que más preocupa de que los hijos lleguen tarde a casa es que al día siguiente se levanten tarde y no atiendan sus responsabilidades domésticas, y no tanto qué cosas hacen sus hijos fuera de casa, aunque también), y todo lo relativo a la colaboración en las tareas de la casa (especialmente lo relacionado con el orden: si son desordenados, por lo menos que no extiendan su desorden al resto de la casa).
- Podemos afirmar que existe una relación entre las discrepancias en el seno de la propia familia (entre padres e hijos) y la probabilidad de que existan conflictos: cuando padres e hijos de una misma familia discrepan (en el sentido que sea) será más probable que se den conflictos en esos hijos.
- Las discrepancias son más significativas cuando los hijos perciben problemas que los padres no ven (fundamentalmente problemas externos a la familia: sexo, drogas, amigos...) o cuando los padres señalan problemas que los hijos no aprecian como tales (principalmente problemas internos y relativos a la organización de lo familiar y lo doméstico).
- Frecuentemente, las discrepancias relativas a la organización familiar suelen producirse porque los hijos no tienen una visión tan benévola como sus padres, fundamental-

mente en lo que se refiere a la consideración de que todos los miembros de la familia participan por igual en las decisiones que afectan a todos, en la consideración que se tiene de las opiniones de los hijos y en la necesidad de que la propia familia busque y encuentre en sí misma todo lo que necesita.

- Existe un mayor nivel de discrepancias de los hijos con el padre que con la madre, sobre todo en lo relativo a la comunicación y a los lazos de confianza.
- No todas las discrepancias entre padres e hijos se correlacionan igualmente con conflictos potenciales. Lo hacen mucho más aquellas que se originan en posturas distanciadas o excesivamente rígidas en los padres. Por el contrario, no parece haber un riesgo de conflictividad cuando, aunque haya discrepancias, éstas sean debidas a la búsqueda, siempre vacilante, de soluciones ante situaciones nuevas o cambiantes.

Una tipología de familias

Familia *Familista/endogámica* (23.7% de las familias de la muestra)

- Núcleo familiar unido y en el que priman las buenas relaciones entre sus miembros, y la colaboración.
- Familia que encuentra en su seno lo que necesita (endogamia), por lo que no siente necesidad de abrirse al exterior.
- Muy alta consideración de la familia como el principal agente socializador.

Familia *conflictiva* (15% de familias del estudio)

- Caracterizada por las malas relaciones y los conflictos entre sus miembros.
- Mala comunicación, fundamentalmente basada en un diferente sistema de valores de padres e hijos y por una diferente percepción, por parte de los hijos, de los valores que pretenden transmitir sus padres.
- Familia en la que priman las normas fijas e inflexibles (y con las que se choca de continuo).

Familia *nominal* (42.9% de familias de la muestra)

- Coexistencia pacífica entre sus miembros: aunque existen bastantes conflictos, se interpretan como algo normal e inevitable, por lo que se minimizan hasta llegar a la afirmación de que no crean problemas de convivencia.
- Sintonía en el sistema de valores y en la percepción de la transmisión de los mismos (padres e hijos parecen haber asumido la misma necesidad de buscar un funcionamiento en el que prima la tranquilidad).
- Pese a que las relaciones entre los cónyuges aparecen como buenas, se reclama frecuentemente una mayor implicación de la pareja. Todos los miembros de esta familia tienden a considerar que los amigos son el principal agente socializador (en detrimento del papel de la propia familia).

Familia adaptativa (18.4% de familias de la muestra)

- Parece integrar a los nuevos modelos familiares. Es un tipo de familia en constante adaptación y que revisa continuamente las responsabilidades de sus miembros, cosas que ocasionan bastantes conflictos (aunque estos conflictos se sobrellevan y normalmente se manejan bien).
- Buena comunicación de los padres con los hijos, a quienes se tiene en cuenta a la hora de tomar las decisiones que afectan a todos.
- Se valora la unidad familiar, pero no se acepta la unión endogámica, y se considera que hay muchas más cosas más allá de la familia.